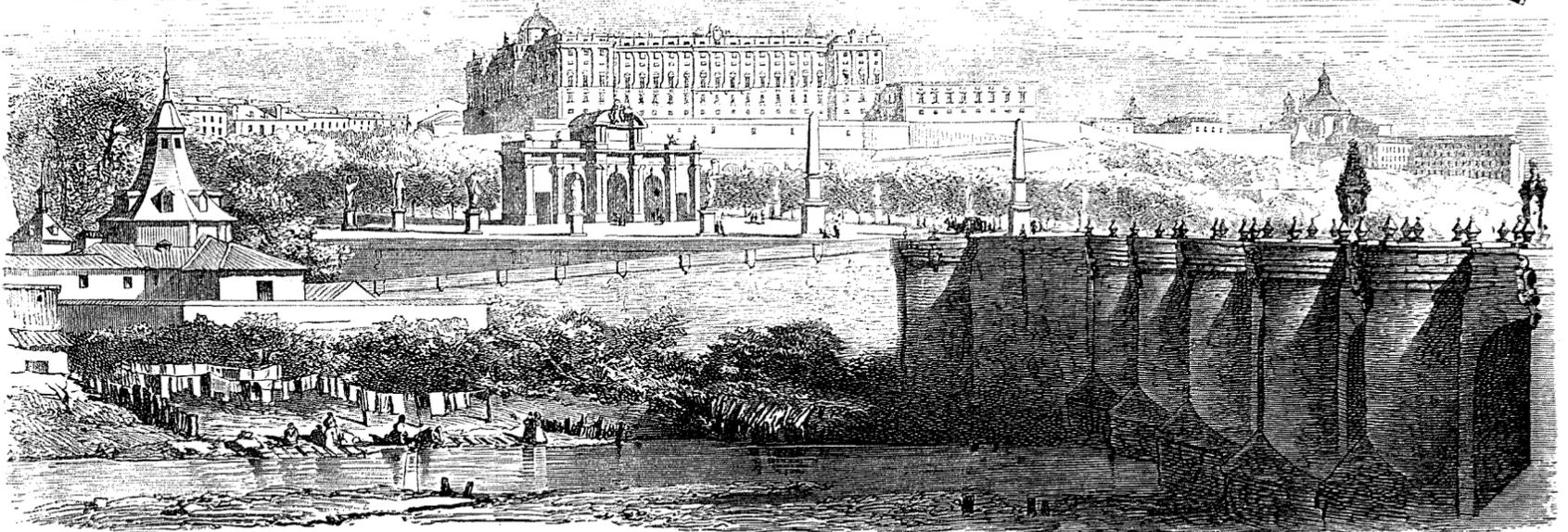


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 27 DE JUNIO DE 1870.

NÚM. 12.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por *D. Isidoro Fernandez Flores*.

—*D. Ignacio Rojo Arias*.—Breves observaciones acerca del movimiento literario de Cataluña y traduccion de una oda de *D. Jaime Collell*, por *D. Antonio Ros de Olano*.—De las competencias políticas para designar monarca en Aragon en el siglo xv (conclusion), por *D. Florencio Janér*.—Relaciones y armonías entre la naturaleza de los idiomas y el carácter de los pueblos (conclusion), por *D. Narciso Campillo*.—Costumbres del siglo xvii. El día del Corpus y sus autos sacramentales, por *D. Julio Monreal*.—En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (continuacion), por *D. José Fernandez Bremon*.—Revista monumental y arqueológica, por *don José Amador de los Rios*.—Las dos olas, por *D. Gustavo Adolfo Becquer*.—Octava del Corpus en Sevilla. Los seis de la iglesia catedral, por *B.*—Madrid moderno. Techo pintado por el Sr. Vallejo con ornamentacion de los señores Ferry y Busato en el nuevo café de Fornos, por *B.*—Modas, por *doña Maria del Pilar Simoes de Marco*.

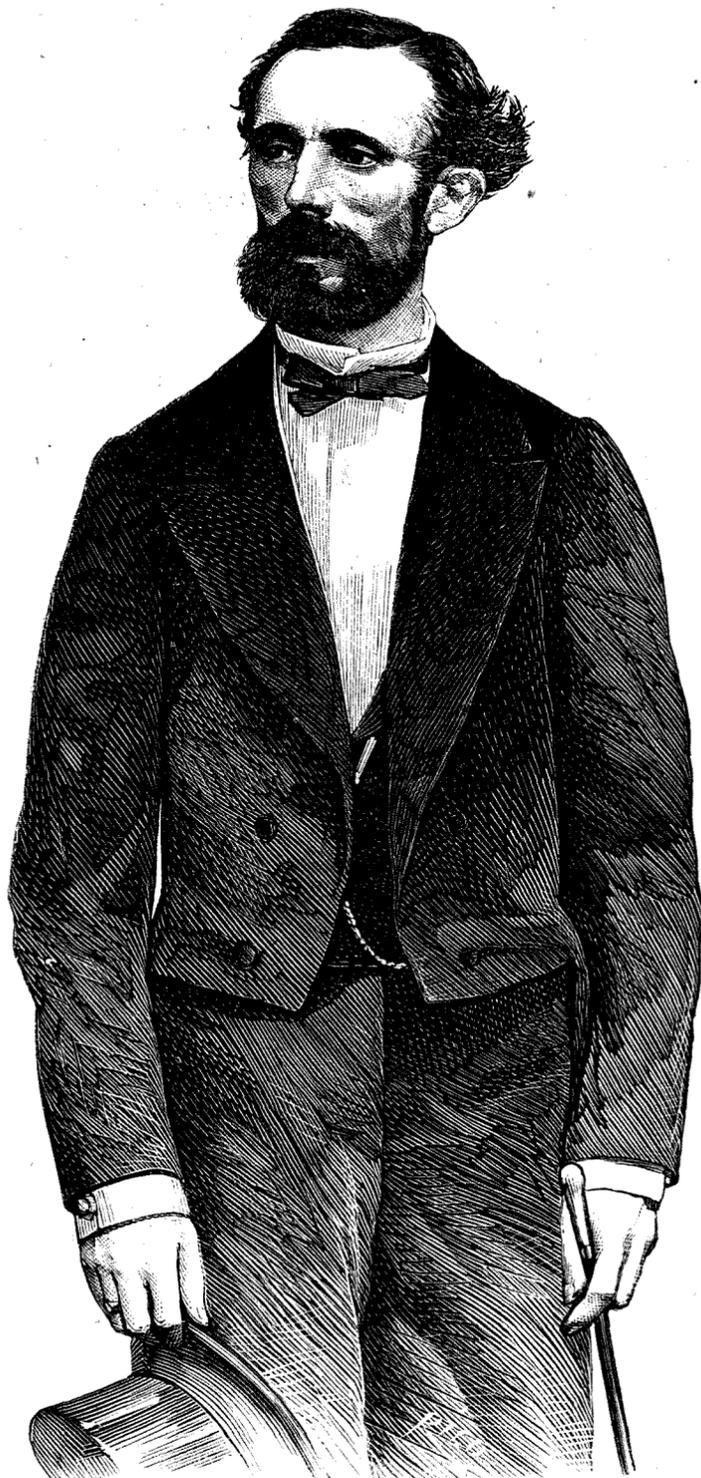
GRABADOS.—*D. Ignacio Rojo Arias*, de una fotografia de *Laurent*.—Objetos correspondientes á nuestra Revista monumental y arqueológica. —Octava del Corpus en Sevilla. Los seis de la iglesia catedral, dibujo de *D. Valeriano Becquer*.—Madrid moderno. Techo pintado por el Sr. Vallejo con ornamentacion de los señores Ferry y Busato en el nuevo café de Fornos, dibujo del Sr. Pradilla. —Las dos olas, dibujo de *don José Casado del Alisal*.—Modas.—Bandidos que secuestraron á los Sres. Bonell y que han sido muertos por la Guardia Civil, de una fotografia.

ECOS.

Espronceda pensó dar á un hombre una vida inmortal y hacerle testigo del drama de la humanidad en los siglos. Sabe Dios lo que Espronceda hubiera hecho de aquel hombre que no podia dejar de vivir, si él, dispensador de juventud eterna, no se hubiera muerto.

Yo no sé si la inmortalidad es un hecho ó pura y simplemente un dicho. En el mundo físico nada veo que no haya muerto ó que no deba morir. Muere la hoja en el árbol y el árbol en la tierra: la tierra misma desaparecerá, sin duda, como tantos otros planetas han desaparecido.

La materia, me direis, no perece, se transforma. —Es cierto; pero la transformacion de la materia implica cambios tan esenciales, que no hay manera de probar



DON IGNACIO ROJO ARIAS

que un hombre dividido en cuartos es un hombre.

La única inmortalidad á que puede aspirar aquél, es la que da la *fama póstuma*; inmortalidad tan cuestionable, como que para gozar de ella hay que empezar por morirse.

Existen casos, sin embargo, en que al mortal, por modesto que sea, le es lícito preguntarse si Dios, por un acto de singular benevolencia, le ha otorgado el precioso don de vivir con la vida de los siglos, y en que al universo atónito le puede caber duda de si el fantástico Adán de Espronceda vive y tiene nombre, y viste, y calza dentro de la naturaleza.

Uno de esos casos es el que Vds. conocerán sin duda de un americano que acaba de abandonar el mundo despues de haber vivido en él... ciento veinte y ocho años.

Convengamos en que, por bella que sea la existencia, hay en ese plazo tiempo sobrado para aburrirse.

Pero lo ménos cansado, monótono y uniforme de la vida, es lo que por tal tenia Espronceda, el cual cantaba en el momento más inoportuno posible, cuando acababa de conceder la inmortalidad á un hombre.

Uniforme, monotonos y cansado
Es sin duda este mundo en que vivimos;
En Oriente de rayos coronado
El sol que vimos hoy, ayer le vimos;
De flores vuelve á engalanarse el prado,
Vuelve el otoño pródigo en racimos,
Y tras los hielos del invierno frío,
Coronado de espigas el estío.

Y digo que esto es en la vida humana lo que tiene ménos uniformidad y monotonía, y produce ménos cansancio, porque el sol, las flores, los hielos, las espigas y los racimos, le aburren ménos á cualquiera durante ciento veintiocho años que el acto nada poético, supongamos, de tomar todos los días durante ese tiempo chocolate por la mañana, cocido por la tarde y una racion de *Correspondencia de España* por la noche.

**

¡Ciento veintiocho años de jugar y perder; de tener celos de la mujer propia y de desear la ajena; de decir bien de sí mismo

y mal del prójimo, y de hablar en invierno del frío, del calor en verano, y de lo que á uno no le importa en todas las estaciones!

Y luego, ¡si en esos ciento veintiocho años se fuera siempre joven! ¡Pero setenta años de vejez! ¡Nacer para ver morir á los padres y á los hijos y á los nietos! ¡Volverse de tiempo en tiempo los ojos al hogar y encontrartantos asientos vacíos! ¡Dormir á la sombra del árbol de la familia, y al despertar encontrar á nuestras plantas nuevos frutos caídos! ¡Ser como un puente entre las generaciones, y sentir pasar bajo nosotros, sin poder detenerlas, las olas que se van!...

Hasta que la muerte un día cae en la cuenta de que en el siglo pasado se le olvidó llevarse á un hombre, y vuelve por él y repara el olvido.

**

Dos hechos muy extraños han tenido lugar con singulares analogías casi al mismo tiempo: el uno en las llanuras de Marathón, el otro en el campo de Gibraltar.

En ambos sitios, en Grecia como en España, algunos bandidos han secuestrado á súbditos ingleses, y en ambos sitios también casi todos los criminales han expiado su delito con su vida.

Ni el Gobierno de España ni el de Grecia han perdonado sacrificio alguno para conseguir la libertad de los cautivos, dando á estos sucesos tanta importancia como á la más grave cuestión política.

Al ver romper á Grecia y á España en este asunto cierta apatía tradicional, se comprende que tiene razón aquel naturalista que clasificaba al inglés como un sér superior al hombre.

Y, en efecto, yo confieso á Vds. que al cruzar por esas calles y ver uno de esos graves ingleses con su traje de mezcla, con sus zapatos que parecen lanchas, con su paraguas que se asemeja al tronco de un roble con miriñaque, con sus patillas de figura de teta de vaca, doradas y ondulantes como lenguas de fuego, y su tapadera de seda ó de castor en la cabeza, le miro con cierta curiosidad respetuosa que no me inspiran los demás mortales.

Y vean Vds. por dónde la actividad desplegada contra los secuestradores de ingleses puede producir un buen descenso en el barómetro del crimen.

Cuenta el autor del *Quijote*, como Vds. no ignoran, que había en Córdoba un loco, que tenía por costumbre traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol ó un canto no muy liviano, y en topando algún perro descuidado, se le ponía junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso.

Sucedió, pues, prosigue Cervantes, que entre los perros que descargó la carga, fué uno, un perro de un bonetero, á quien quería mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo, asió de una vara de medir y salió al loco, y no le dejó hueso sano, y á cada palo que le daba decía: perro ladrón, ¡á mi podenco! no viste, cruel, que era podenco mi perro? y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho una alheña.

Escarmentó el loco y retiróse, concluye el ilustre manco, y en más de un mes no salió á la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invención y con más carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer atreverse á descargar la piedra, decía: ¡este es podenco, guarda! En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decía que eran podencos, y así no soltó más el canto.

Es de esperar que á los bandidos les sucederá en adelante lo que al loco de Córdoba, y que cuando traten de secuestrar á un prójimo cualquiera, le miren y le remiren llenos de temerosa duda, y siquiera haya nacido en Yecla ó en Santlúcar le dejen seguir libre su camino diciendo: ¡Este es inglés! ¡Buen viaje... milord!

Confieso que el día de San Juan me asaltó un deseo criminal. ¡Por qué, me dije, no se forma una sociedad de bandidos de buen gusto para secuestrar á todos los *murguistas*!

El *murguista* es un hombre... pero, no, es un instrumento parecido al hombre; es un sér que suele morir falto ya de *aire* al final de una sinfonía de *aires* nacionales; es nuestro despertador en los días solemnes, y no podemos casarnos, ni ser padre, ni coger un premio de la lotería, ni llamarnos con nombre alguno de los que están en

el calendario, sin que se llegue á la puerta de vuestra casa y aseste contra ella su formidable artillería.

Algunas veces no se detiene en el portal. A poca duda que tenga respecto de las condiciones acústicas del edificio, sube á paso de carga por la escalera, y en un descansillo de la misma rompe un fuego horrisono, espantoso. La casa retiembla, los techos se agrietan y descascaran, los vidrios de las ventanas caen rotos al suelo, los gatos se espeluznan, ladran los perros, los vecinos tiemblan creyendo que un volcán aparece en el área de la casa... y los murguistas *chin, chin, chin, patachin...* entonan para felicitar á un buen señor que se ha casado con una chica como un oro aquello de:

Me gustan todas
En general...
Pero esa rubia
Me gusta más.

hasta que el Jason que ha conquistado aquel vellocino sale conmovido por tan grave y musical declaración, y les da una peseta, diciendo para sí:

¡Oh, cielos, también á estos desdichados les gustan las rubias!

Pues, ¡y cuando le cogen á Vd. en la calle, no habiéndole encontrado en su casa, y le dan conyoy hasta la misma regalándole los oídos durante el camino con un fragmento del *Trovador* ó de la *Norma* que se han repartido heróicamente entre un fagot, un clarinete y un figle? ¡Y cuando en el asedio dan tras de Vd. en una tienda?

¡Y cuando—yo lo he visto!—le atisban á Vd. dentro de un carruaje y se plantan delante rompiendo la marcha como si el vehículo de Vd. fuese carroza de procesion ó coche fúnebre?

**

Ejercicios en velocípedos, conciertos, fuente maravillosa, ópera, zarzuela, canto bufo francés, baile idem, Blondin, haciendo todo lo posible para tener un fin célebre, pólvora quemada en abundancia en las batallas sin sangre de los pirotécnicos, juegos de todas clases, buena fonda para los gastrónomos, ría con barcas para los enamorados que han leído á Walter Scott y para los que quieren ensayar una excursión por Venecia; frondosidad, sombra misteriosa, á que prestan más encantos los brillantes globos de colores aquí y allá perdidos y que cuelgan de los árboles como flores de luz, y entre esas sombras, figuras caprichosas y esbeltas, elegantes como los figurines de Wateau ó irresistibles como las majas de Goya: hé aquí á vista de pájaro una *soirée* en los Campos Eliseos.

Y sucede en todas las descripciones que siempre se olvida lo más interesante.

Quedábame sin decir que allí hace fresco; fresco legítimo, natural, sin mezcla ni falsificación alguna, sin que tenga que agradecer nada á los abanicos de las damas, ni á las voces de los cantantes.

Verdad es que sin duda se me olvidaba decir que allí hace fresco, porque esa es una de las cosas que no se dicen... sino que se sienten.

**

—Mira, me decía el otro día un amigo mientras paseábamos por los Campos; allí va una señora, muy fea por cierto, que lleva un traje de un color precioso.

—Es un vestido de color de *agua del Nilo*, le contesté.

—Es verdad... es un vestido de agua del Nilo... con un cocodrilo dentro.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

DON IGNACIO ROJO ARIAS.

El voto particular presentado por este distinguido hombre político, en el proyecto de ley relativo á la elección de monarca, ha hecho fijarse la atención pública con nuevo motivo en el diputado que nos ocupa. Hemos creído que ahora más aún que en otra ocasión tendría interés el retrato que hoy damos. Nuestra satisfacción sería mayor, si las exigencias de la confección de este número no nos impidieran consagrar á la vida política y forense del Sr. Rojo Arias el espacio y tiempo que su mérito, consecuencia y laboriosidad merecen.

BREVES OBSERVACIONES

ACERCA DEL MOVIMIENTO LITERARIO DE CATALUÑA.

Y TRADUCCION DE UNA ODA

DE DON JAIME COLLELL.

Cuando yo era estudiante encerrado en un colegio de Barcelona, no sonaba más musa catalana que la que asistía á cierto actor popular y poeta populachero llamado Robreño. Era, pues, musa ramplona y de vuelo tan bajo, que necesitaba asirse á unos *ventalles* de cartón con mango de caña, para ayudarse del aire movido por fuerza ajena; pero de algunos años á esta parte se advierte en Cataluña una actividad literaria que atrae la atención. No parece sino que los prosistas y los versificadores resurgen evocados de otros siglos, despertando la tradición y *llengua D'oc*.

Comenzó este movimiento (que yo sepa) en mi malogrado amigo el Sr. D. Buenaventura Carlos Aribau, y después ha crecido y se ha acentuado tanto, que dejando muy atrás á aquel escritor, siguen retrospectivamente sus continuadores el camino andado por las nacionalidades modernas, hasta aliarse en aspiraciones y en lenguaje con los trovadores simultáneamente resucitados en el Mediodía de la Francia, acá del Ródano.

Poetas franceses y poetas catalanes reunidos en círculos literarios establecen *jochs florals*, y son trovadores y juglares provenzales, compitiendo en el *Gay saber*.

Si esta actividad, si esta nueva vida literaria, en la forma que se presenta y en el modo que se expresa, inicia algo para más adelante, no es mi propósito inquirirlo; veo el fenómeno como le vemos todos, y le consigno de pasada. Si se produce de la política ó de un ardiente amor á la estética literaria, tampoco lo examino; sus producciones así tienden á restaurar aquellos sus deruidos monumentos históricos, como á resucitar una lengua muerta.

Adónde vaya esto, en medio de cuanto la Cataluña desenvuelve hoy en sus esfuerzos fabriles, comerciales, artísticos, científicos, políticos, morales, etc., búsqüenlo otros observadores imparciales: yo á mi vez amo esa gran patria de mis mayores, tierra en que me crié.

Mi objeto es presentar en lengua española una muestra de la altura á donde sucesivamente van rayando los vates catalanes. Así, pues, de entre las poesías de don Jaime Collell he traducido, con alguna libertad, la oda dirigida *A la gent del any vuyt*, premiada en los juegos florales de 1869 con la medalla de oro, y que lleva por epígrafe *Tots se'n van!*

Es el poeta un joven de veintidos años, natural de Vich y educado en aquel instituto de segunda enseñanza, sin haber aprendido más allá de lo que allí se explica, ni haber visto otros horizontes que los que parcialmente se desplazan desde sus montañas hasta *el pla* de Barcelona.

No conozco al hombre más que por informes; pero por las muestras que de su ingenio y vigor he tenido á la vista, creo que se anuncia un gran cantor de su patria. Poeta catalán más típico que ningún otro de los que con él compiten en la gaita ciencia, su musa vive en los valles donde ha nacido, para crecer y no salir de ellos; la mece la familia, se inspira en las hazañas y la noble fiereza de sus abuelos; ama, se amarga ó se ensoberbece con los recuerdos históricos; truena con la trompa épica, y llora con el laud de los antiguos trovadores. Puro poeta catalán, canta su patria en el idioma de sus progenitores; naturaleza sana en suelo más afortunado que la Italia de otros días, parece que aspira á un ideal, ménos justificado por cierto, que el de algunos cantores italianos en sus trenos, aunque sin el dolor dislacerante de Leopardi; y colocado por la geografía y por la historia entre la Italia y la Francia, sus acentos, apesar de la estrechez y áspera condición del dialecto en que los formula, despiertan en la memoria los ecos condensados de Manzoni, y tienen mucho del timbre y de los recuerdos de Beranger.

A los que sólo conceden á los catalanes el espíritu industrial y la actividad fabril, parecerá extraño que yo crea que las áuras de la Italia artística llegan á aquel pueblo más puras y vivificantes que al resto de España: les diré, sin embargo, que para juzgar esta opinión mía no basta haber tratado catalanes, sino que es preciso haber vivido en Cataluña. Allí se siente, se ve, se aprende, cómo la Francia influye en las artes mecánicas é Italia en las bellas artes.

Sabido es cuánto pierde toda versión de una lengua á otra. En las obras del ingenio poético especialmente, traducir acomodando el idioma al metro, de manera que se vierta la poesía y se revele al poeta, es empeño punto

ménos que imposible, cuyos resultados son siempre inferiores al esfuerzo.

Si á esto se añade, que si sobre ser el dialecto catalan conciso de suyo y estar ademas plagado de monosílabos y de dicciones agudas, D. Jaime Collell emplea frases elípticas y acude con frecuencia á los arcaísmos, se verá cuán por bajo me habré quedado necesariamente del fin que me propuse.

En algun lugar me he permitido dilatar la idea del poeta; pues no de otro modo me hubiera sido posible exponerla cabal y perfectamente en castellano para el resto de España, donde por desdicha se va perdiendo algo la práctica de aquellas costumbres patriarcales, tan vivas aún en Cataluña. Por ejemplo, en sólo la estrofa décimatercia el Sr. Collell indica lo que á mí para que vaya expreso me ha costado emplear cuatro estrofas; les faltará lo gráfico, será una paráfrasis, pero así va toda la idea, es todo el sentimiento del poeta.

Si en otras partes he condensado, si he sustituido un símil por otro; lo primero ha sido sin menguar el concepto, y lo segundo lo he hecho aconsejado por la índole de los distintos idiomas; pero siempre sustituyendo un análogo por su análogo.

Por lo demas, la oda del Sr. Collell va traducida en el mismo metro y en igual forma que él da á sus estrofas.

En punto á la exactitud histórica, así como respecto á las observaciones de otra índole que acaso hagan al jóven poeta los lectores, no entro á juzgar; pues mi único propósito ha sido presentarle á los que le desconocen, sea porque él empieza ahora, ó sea porque ellos no se ocupan del renacimiento literario catalan.

ODA DE D. JAIME COLLELL

Á LA GENERACIÓN DE 1808.

¡Se van todos!

Generacion de fuertes nacida á un gran destino,
Lactada por castizas matronas de virtud,
Que á Europa muda, atónita, mostraras el camino
Que emprende el pueblo que odia la vil esclavitud.

Adios, valiente prole de sangre catalana
Que no te doblegaras al raudal vendaval;
Y firme cual tus rocas que empuja el tramontana,
Salvaste el área antigua de la tierra natal.

¡Te vas, oh pueblo atleta! que al despertar un día
Sintiendo en tus masías cierta extranjera voz,
A un peso de cadena que el cuello te oprimía,
Oíste en tus hogares himnos de extraño son;

Y viendo en tus llanuras enseñas de otra tierra,
Hollando tus sembrados armigeros sin fin;
Al escuchar el nombre del genio de la guerra
Que quiso con el índice el Pirineo hundir,

¡Te alzaste!... y como abanza la nube pavorosa
Que arrastra por los valles la recia tempestad,
¡Sus! retronando heriste la huerte victoriosa
Que el mundo estremecia al rudo caminar;

Y cual la granizada que altezas del ramaje
Rompe, y tritura espigas y no deja verdor,
Tú en las miriadas galas hiciste tal carnaje
Que el águila traidora lanzó el postre clamor.

Y el César que en su mente febril de envidias llena
Trazó un reino sin límites, de inmensa majestad,
Viera su sueño espléndido nublarse en Santa Elena
Y el corazón le helaron las brumas de aquel mar...

¿Y os vais?... ¡y huir por siempre!... ¡generacion gloriosa!...
La tumba uno tras otro os llama á sucumbir;
Y el siglo que á par vuestra nació en era espantosa,
Os hunde á cada paso que él da yendo á su fin.

Allá cuando deshíela, la pirenaica sierra
De su mortaja cándida arroja parte al mar:
Pero en la hienista cumbre de nieve que se aferra
Tal cual rodal purísimo se ve lejos brillar.

Así quedan algunos de blanca cabellera,
Serena la ancha frente, émulo de Nestór,
Que con la voz pausada cuentan la pugna fiera
Sentados á un recepto mientras calienta el sol.

Mas ¡ay! caerá la hoja, vendrá el helado cierzo,
Y esas vivientes glorias al hoyo caerán...
¡Jamás las sierras patrias que con gigante esfuerzo
A palmos recabasteis volveréis á pisar!

Sobre vosotros veó ¡oh corta vida humana!
El ángel del sepulcro sus alas extender;
Acaso hácia el crepúsculo os llore la campana
Que un tiempo os armó el brazo tocando á somaten.

¡Por qué fallece el héroe en lánguido desmayo,
Si al conquistarse el nombre la muerte se arrojó?
¿Y hoy la que huyó espantada del ímpetu del rayo
Torna en ceniza fría al rayo abrasador?

¡Por qué fenece el héroe?... El tierno nietezuelo
Que acude en la velada al banco secular,
Encontrará un vacío donde su anciano abuelo
Sentábase en sus muslos al temple del hogar:

Y preguntando al padre por el abuelo ausente,
Este alzará las manos con tímida mudez;
Y entonces dirá el hijo al padre, que le cuente,
En lugar de su abuelo, la guerra del francés.

Con pena y amor juntos, con dolorido ceño,
El varon vigoroso quebrado el corazón,
Con tremulante lábio responderá al pequeño:
«No legamos guerreros á los hijos su voz».

¿Y no seréis?... y en vano, os pediremos santos
Recuerdos de una jesta que la patria os dictó!
¿Quién, pues, enardecernos podrá con esos cantos,

Rapsodias del poema de vuestra inspiracion?

¿Será la letra muerta? ¡vendrá la fria historia?...
¡Mas no, que otra más viva se escucha resonar!...
Las huellas que estampasteis son páginas de gloria
Que el cerro, el monte, el valle, repiten sin cesar.

Al espirar los días en la hora religiosa
Que dobla el sol las cumbres y suena la oracion,
Altiva por los ámbitos, saliendo de la fosa,
Gritando ¡Dios y Patria! oiremos vuestra voz!...

Y antes el Ter y el Segre volverán á sus fuentes;
Y antes Puigmal fortísimo vendrá á desaparecer,
Que el eco sacrosanto, á vuestros descendientes
Legado por vosotros, deje de responder.

Vuestra gigante gloria es la sublime herencia
Que toca á vuestros hijos entera conservar.
¡Aún la berretina señala independencia!!
Y velan catalanes... ¡Oh, padres, descansad!!

He presentado mi imperfecto trabajo, y no quiero suscribirlo sin dirigirme al Sr. Collell, felicitándole por la clara muestra que ha dado de su brillante ingenio; y rogarle que me disculpe, cuando al leer la traduccion de su excelente oda, exclame: «No y es tot lo que jo he dit»; pues con sólo fijarse en la frase que supongo en sus labios, comprenderá que no es dable condensar tanto el habla castellana que quepa en los límites precisos en que él, manejando un dialecto especial, ha emitido tantos, tan bellos y tan enérgicos conceptos, encerrándolos al propio tiempo en el más noble instante de la historia de nuestro siglo.

ANTONIO ROS DE OLANO.

DE LAS COMPETENCIAS POLÍTICAS

PARA DESIGNAR MONARCA EN ARAGON

EN EL SIGLO XV.

(Conclusion.)

V.

Resuelta al fin la forma de designar monarca, no tardaron los tres Parlamentos reunidos en extender auto de la concordia sobre la manera de declarar sucesor al último monarca. Su contenido era en resumen el siguiente:

1.º Que el negocio de la sucesion se someteria á nueve personas de pura conciencia y buena fama, y tan constantes, que prosiguiesen hasta el fin asunto tan árduo, debiendo declarar y nombrar la persona á quien, segun justicia, se debía prestar el juramento de fidelidad; señalándose para deliberar el castillo de Caspe, del orden de San Juan, y su pueblo, con amplia jurisdiccion, consentida y aprobada con plena voluntad y autoridad del Sumo Pontífice.

2.º Que estas nueve personas fuesen graduadas de la manera siguiente: tres en primer grado, tres en segundo y tres en tercero; y que no pudiesen llevar más de cuarenta personas con armas ó sin ellas.

3.º Que aquello que los nueve ó seis de ellos declarasen, con tal que en estos seis hubiese de cada país, se tuviese por cierto, firme y valedero.

4.º Que dicha declaracion debia hacerse desde 29 de Marzo á 29 de Mayo, pudiéndose prorogar este tiempo, si parecia á los nueve jueces, con tal que no pasara del 29 de julio de aquel año (1412).

5.º Que hiciesen voto á Nuestro Señor y jurasen con gran solemnidad, despues de haber confesado y comulgado públicamente, que procederian en aquel negocio lo más presto que pudiesen, y que, segun Dios, justicia y buena conciencia, publicarían el verdadero rey y señor, postpuesto todo amor y odio, y que no revelarían antes de la publicacion su intencion ni voto, ni el de sus compañeros.

6.º Que fueran los competidores oídos á medida que comparecieran, y llegando dos juntos, oyeran los jueces al que mejor les pareciera.

7.º Que estando alguno de los nueve impedidos, los ocho nombrasen, en su lugar, otro del mismo país ó reino.

8.º Que para la guarda del castillo, jurisdiccion y gobierno de la villa, fuesen nombrados dos capitanes, uno aragonés y otro catalan, teniendo cada uno á sus órdenes cincuenta hombres de armas y cincuenta ballesteros, jurando guardar y obedecer á los nueve compromisarios.

9.º Finalmente, que nadie pudiese acercarse á distancia de cuatro leguas con gente de armas, de veinte hombres de á caballo arriba, sino los heraldos de los competidores; no pudiendo llevar por cada embajada más de cincuenta personas y cuarenta cabalgaduras; debiendo permanecer reunidos los Parlamentos hasta la publicacion de rey, y prometiendo todos que no revocarían el poder dado á los nueve, acatando sin reparo alguno al nuevo monarca.

Tan luego como fué firmada esta concordia, se envia-

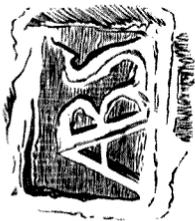
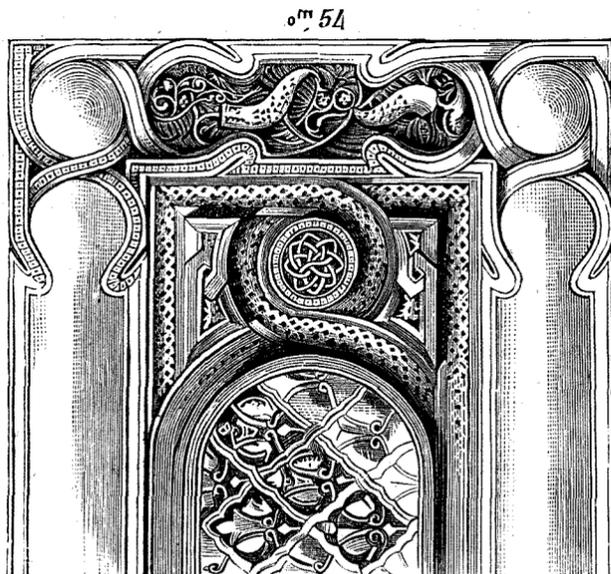
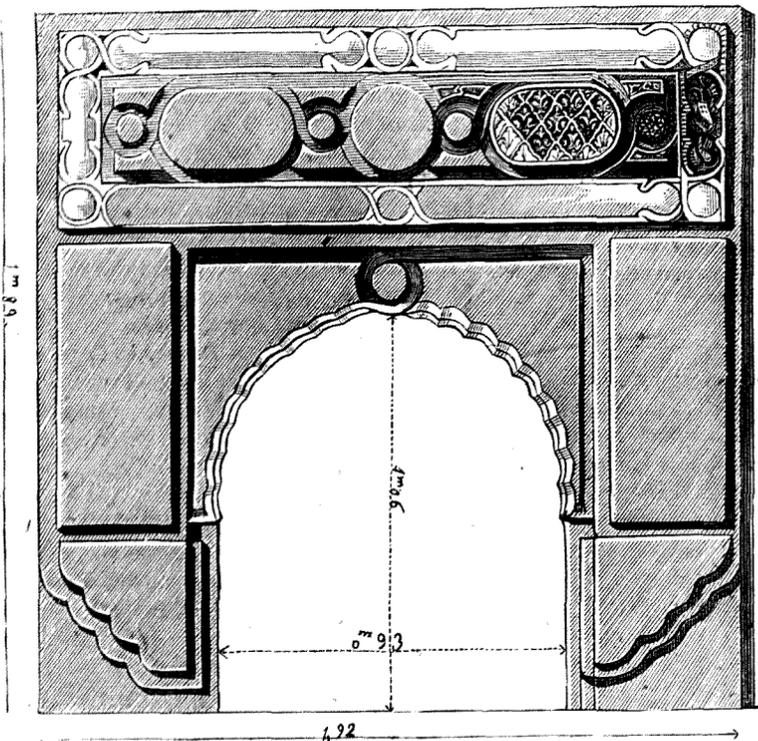
ron atentas comunicaciones ó corteses avisos á todos los pretendientes; es á saber: á D. Jaime de Aragon, conde de Urgel, á D. Luis, duque de Calabria, al infante don Fernando de Castilla, á D. Alfonso, duque de Gandía (que murió antes de la declaracion y en su lugar fueron pretendores su hijo D. Alfonso y su hermano D. Juan), á D. Fadrique, conde de Luna, y á la reina doña Violante é infanta doña Isabel, que tenían todos derechos más ó ménos ostensibles. Faltaba designar los nueve jueces ó compromisarios que debían reunirse en Caspe, y si bien la elección recayó unánimemente en muy dignas personas, no fué sin que ocurriesen ántes algunas disidencias, hasta que concordés y unánimes los Parlamentos, publicaron en Tortosa con auto solemne á 16 de marzo de 1412 los nombres de las nueve personas que iban á fallar el gran pleito de la sucesion á la corona. Eran por el reino de Aragon, D. Domingo Ram, obispo de Huesca, doctor en cánones; Francisco de Aranda, donado de Portaceli, de la orden de la Cartuja, y Berenguer de Bardaxi, letrado famoso por Cataluña, D. Pedro Zagarriga, arzobispo de Tarragona, licenciado en cánones; Guillen de Vallseca, doctor en leyes, y Bernardo de Gualbes, doctor en ambos derechos; y por Valencia, Bonifacio Ferrer, prior general de la Cartuja, doctor en cánones; Fray Vicente Ferrer, del orden de predicadores, maestro en teología, esclarecido apóstol y despues Santo, y Janér Rabassa, doctor en leyes, patricio íntegro y muy estimado. Fingióse, sin embargo, demente este último, por no tomar sobre sí, acaso con mucha cordura, tan grave compromiso, y se nombró en su reemplazo á Pedro Beltran, varon de sólidas virtudes. Gozaban todos los elegidos fama de sábios, virtuosos y prudentes, por lo que su eleccion mereció la aprobacion universal, respaldandociendo entre todos, como un lucero luminoso, el célebre Fray Vicente Ferrer.

VI.

Constituidos el día 18 de abril de 1412 los jueces de la nacion aragonesa en uno de los salones de la fortaleza de Caspe, rodeados de sencillo al par que imponente aparato, teniendo á un lado en modesto escaño á los secretarios del Compromiso, y enfrente los sitiales que ocuparon los abogados y procuradores de los pretendientes, abrióse aquel gran pleito dinástico y nacional, de que no debia volver á verse acaso ejemplo alguno en el trascurso de los tiempos. «Interesante y no ménos curiosa debió ser la asistencia á aquel célebre jurado, en que las partes eran príncipes y magnates que disputaban una rica diadema, y en que eran los jueces meros apoderados del pueblo, sábios, virtuosos y ajenos de toda ambicion mundana. Representanse á la imaginacion del historiador aquellos jurisperitos, honra de la toga española y oráculos de las leyes patrias, apurando toda su ciencia y poniendo en extremado aprieto su ingenio para convencer á los jueces de la razon que legitimaba las demandas de sus patronos, y pidiendo cada cual para el suyo nada ménos que una real corona. Despiertan asimismo la consideracion del filósofo la reverente compostura y el recogimiento con que, acallado el furor de las parcialidades y banderías, olvidaban los oyentes sus particulares afectos, dominados por el gran prestigio de aquel nuevo Areópago; ejemplo digno en verdad de ser imitado en los tiempos modernos, que sin guardar los fueros de la justicia, apellidan á aquellos siglos con el título de bárbaros. Y sube de punto la admiracion que en nosotros engendra aquel extraordinario espectáculo, al contemplar en el fondo de tan majestuoso cuadro la colosal y simpática figura de un predicador, cuyas sienes iluminaban la doble aureola de la virtud y de la ciencia, y cuya voz sublime habia hecho para el cristianismo las más prodigiosas conquistas. Fray Vicente Ferrer, á quien sus propios contemporáneos elevaron á la adoracion de los altares, aquel ardiente campeon de la fé, que habia volado á su patria para arrojar la oliva de la paz entre los bandos que la inundaban de sangre, brillaba ahora, nuncio de ventura, en medio del Consistorio nacional, siendo para todos prenda segura de que allí donde recayera su fallo, allí debían respaldar la verdad y la justicia.—Cataluña, Aragon, Valencia, Mallorca, Sicilia, Cerdeña, todos los Estados que formaban la monarquía aragonesa, y todos los reinos de España, y aun de la Europa meridional, tenían fija su vista en el castillo de Caspe?»

No se hacía esperar demasiado la declaracion del monarca. Despues de apurar el exámen de los derechos expuestos por cada uno de los pretendores, se procedió por los nueve compromisarios á la eleccion, votando por el infante de Castilla, D. Fernando, seis, á saber: San Vicente Ferrer, el obispo de Huesca, Bonifacio Ferrer,

* El Compromiso de Caspe, por D. Florancio Janér, pág. 62.



OBJETOS CORRESPONDIENTES Á NUESTRA REVISTA MONUMENTAL Y ARQUEOLÓGICA.

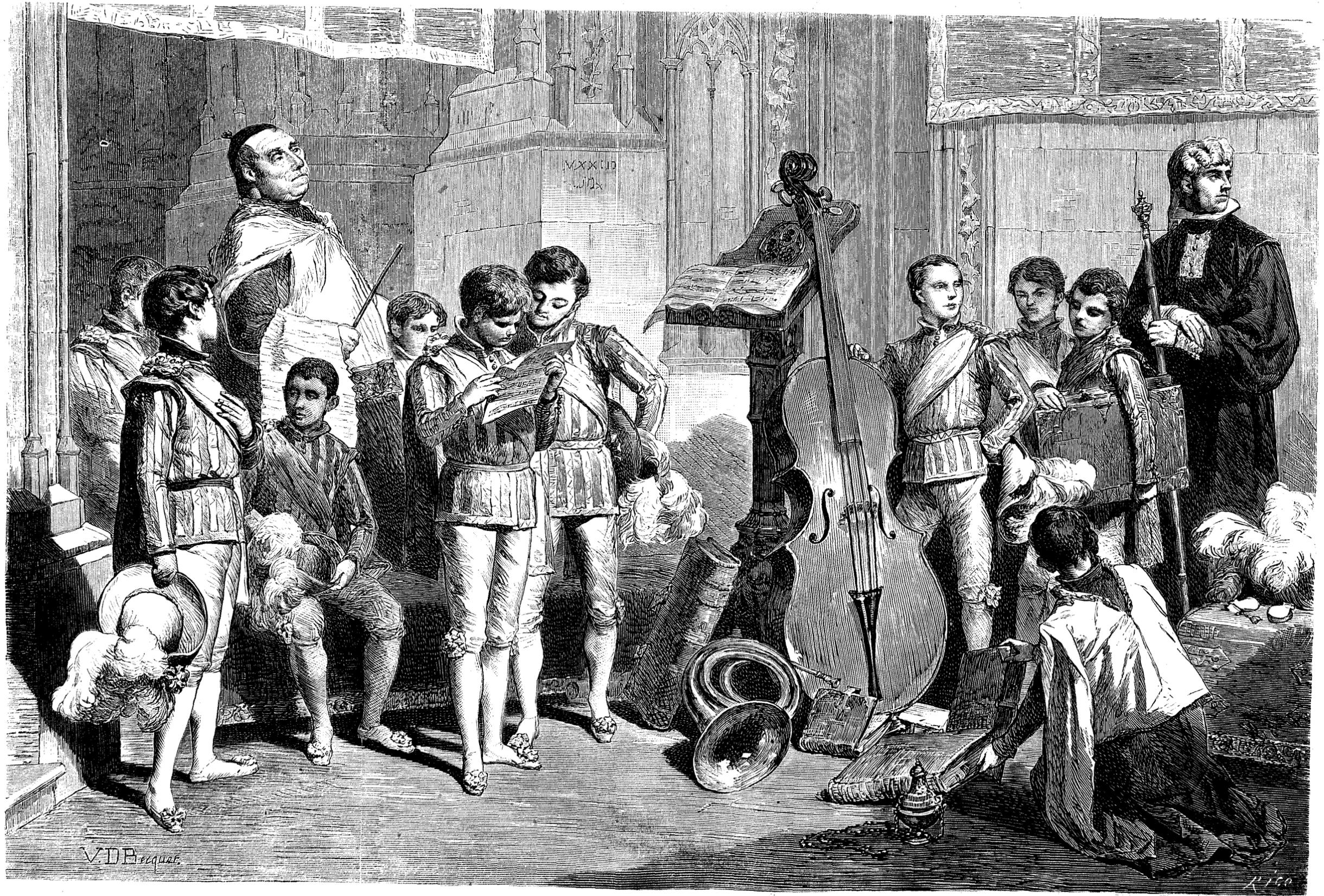
Bernardo de Gualbes, Francisco de Aranda, y Berenguer de Bardaxi; Pedro Beltran se escusó de emitir su voto, asegurando no haber tenido bastante tiempo para conocer á fondo la cuestion; el arzobispo de Tarragona manifestó que si bien creia preferible en aquellas circunstancias la eleccion de D. Fernando, tenia por de mejores derechos al duque de Gandía y al conde de Urgel, y opinó finalmente Guillen de Vallseca á favor del conde D. Jaime. Elegido, pues, D. Fernando de Castilla por mayoría de votos, fué aclamado públicamente, levantándose á su nombre los estandartes reales por todo el reino.

Si bien el gobierno de D. Fernando fué lleno de cordura y debía ser provechoso y de paz para todos los pueblos, no dejó al principio de hallar alguna oposicion en el mismo D. Jaime de Urgel, desgraciado y mal aconsejado pretendiente, á quien de continuo decia su madre y sus parciales: *¡ó rey ó nada!* Asegurábase que habia procurado la muerte de un hermano suyo, aunque esto no pudo confirmarse, y en especial el carácter arrebatado y violento de su amigo D. Antonio de

Luna acababa de malquistarle con muchas gentes. Quiso, sin embargo, D. Jaime declararse en rebeldía, y reuniendo sus tropas, se fortificó en Balaguer, desde donde desafió el poder de su afortunado rival D. Fernando.

«No tardó mucho el nuevo monarca aragonés, hemos dicho en otra parte tratando extensamente de tan singular suceso, en ponerse delante de Balaguer, donde con grande imprudencia se habia encerrado el conde, siguiendo los desdichados consejos de su iracunda madre, que imprimian á todos sus actos, lo mismo que los de Luna, el sello del desacierto. Recibió D. Jaime la intencion de entregar sus villas y estados que le hizo el gobernador de Cataluña por orden de D. Fernando; pero la contestacion fué disparar algunas saetas á los que desde fuera de los muros desempeñaban aquel encargo. Habia llegado el dia 5 de agosto (1413) á las puertas de Balaguer el mismo soberano, y reconocido el sitio, se asentaron las tiendas de su mesnada en un cerro alto que está á la izquierda de la otra parte de la ciudad, posicion ventajosa para emprender el cerco. Fortificaron el real con un palenque para prevenir las salidas de los sitia-

dos, que segun se aseguraba estaban dispuestos á tentar fortuna en el campo; bien que todo se redujo á varias tentativas de los ballesteros de D. Jaime, rechazados siempre con valor por el duque de Gandía, que aunque pretensor, como el de Urgel, á la corona, jurado ya el monarca, habia acudido al ejército real con trescientas lanzas escogidas y bien ordenadas. En los otros dos costados de la ciudad tenian sus tiendas el adelantado mayor de Castilla con seiscientas lanzas, y Bernardo de Centelles, Gil Ruiz de Liori, el mariscal Alvaro de Avila y Pedro Alonso de Escalante, con setecientos hombres de armas.»—Tan luégo como estuvieron hechos todos los preparativos para apretar el sitio, hizo jugar el rey contra la ciudad rebelde grandes y enormes máquinas de batir que lanzaban piedras de un peso extraordinario, hundiendo, al caer, techos y paredes de los edificios, y causando entre los sitiados terribles destrozos. No por eso y sin embargo de salirse continuamente de la ciudad barones y soldados (merced al indulto publicado), abandonando al desdichado D. Jaime, los pocos que le quedaban afectos dejaban de mostrarse desde los muros



OCTAVA DEL CORPUS EN SEVILLA.—LOS SEISES DE LA IGLESIA CATEDRAL.

y en las sorpresas ó rebatos como leones embravecidos. Ni la continua pelea, ni la constante alarma de noche y de día, bastaban para rendir á los sitiados, ni para cansar á los sitiadores. El conde, confiado en socorros extranjeros, y altanero más que nunca, presentábase en los sitios de mayor peligro, animaba con la voz y con el ejemplo á sus soldados, y daba pruebas inequívocas de que, si le faltaba consejo, no carecía del ánimo y valor de sus mayores. Retraídos, sin embargo, los príncipes ingleses y franceses que le prometieran su amistad y su ayuda, no sólo se negaron á secundar sus esfuerzos, sino que enviaron, por el contrario, al campo del rey sus embajadores para confederarse con la casa de Aragón, como lo hicieron el duque de York, el rey Carlos VI y el delfín de Francia. Así los sitiadores, robustecidos moralmente y refrescados de continuo con nuevas fuerzas, podían reponerlas á cada instante y alternar en las fatigas con menor cansancio; mientras que Balaguer no recibía un sólo soldado de socorro, que viniese á dar algún descanso á los ballesteros del conde. Desfallecidos por la falta de alimento, y rendidos á la fatiga, decayó poco á poco el ánimo de los sitiados, propagándose el desaliento al mismo conde, á quien burló el no esperado comportamiento de sus aliados. Don Antonio de Luna, recogido y bien pertrechado en su castillo de Loharre, esperaba el desenlace de aquel drama, sin querer acercarse á la ciudad sitiada, por miedo de caer en las manos de D. Fernando, en tanto que procuraba éste combatirla con cuantos medios había inventado el arte de la guerra en aquellos tiempos. Refundíanse en el mismo campo sitiador las lombardas que se inutilizaban en el servicio; fabricábase la pólvora, y construíanse los castillos de madera que debían arrojarse á la ciudad en el momento del asalto. Pero no fué necesario llegar á tal extremo: apretando el sitio con toda clase de máquinas é instrumentos bélicos; rodeada la ciudad por crecido número de gruesos trabucos y lombardas, cuyas piedras y pelotas de hierro sembraban la muerte entre los sitiados; faltó ya el de Urgel de soldados y de servidores, sin recurso ni esperanza alguna, iba á arrimarse al muro una enorme torre de madera llena de ballesteros, que debían descolgarse dentro de la plaza por medio de una escala, cuando el 27 de octubre atravesó el puente la esposa del malhadado conde, acompañada sólo de dos doncellas, pidiendo ser presentada al rey para impetrar el perdón total de D. Jaime. No quiso recibirla D. Fernando hasta el día 29, en que acompañada del obispo de Malta y del provisor ordinario del obispado de Balaguer, con lágrimas en los ojos y puesta de rodillas, sólo pudo recabar del rey la vida de su marido, exigiendo el ofendido monarca que se pusiese el conde en sus manos sin condición alguna, reconociendo y confesando su culpa.

«El día siguiente, dice otro curioso historiador, que fué martes, á 31 de octubre, sucedió en la ciudad de Balaguer un auto y éremonia muy triste y lastimoso, y fué el despedirse el conde de su mujer, madre, hijas, hermanas y vasallos, con pensamiento de nunca más les ver ni poderse consolar con ellos; y siguiendo una ceremonia antigua, había muchos días no se había cortado el cabello, ni barba, y decía no habérsela de quitar hasta verse rey ó nada, que esta era la persuasión ordinaria de la condesa, su madre, que siempre le estaba diciendo en catalán: *Fill, ó rey ó no res*; y como había llegado á tiempo que no era nada, se la quiso quitar en público. Salíó este día á la plaza mayor de Balaguer, que llaman el Mercadal, y mandó venir un barbero, y estando todos los de la ciudad presentes les dijo:—Yo, viendo vuestra gran lealtad y fidelidad, y por el amor que siempre os he tenido, no quiero ver esta ciudad entrada, ni á vosotros y á vuestra familia y haciendas maltratadas, y así me quiero meter á mí y á mi hacienda en poder del rey y á la merced suya; y porque yo había hecho voto de no quitarme la barba hasta verme rey ó nada, y sé que soy y seré nada, y queda mi voto cumplido, por esto antes de salir de esta ciudad me la quiero quitar, y os agradezco á todos lo que por mí habeis hecho en este cerco y padecido;» y, dicho esto, el barbero le quitó la barba y cabello en medio de la plaza.—Movióse en la plaza de Balaguer un lloro y gemido tan grande, que lo sintieron del real, y aún sospecharon alguna novedad; y aunque había algunos que decían que no debía rendirse, sino que se defendiese, que todos le valdrían con la espada en la mano, y que no perdería la libertad sino con la vida, el conde no hizo caso de estos ofrecimientos, porque ni puestos en ejecución le podrían ser de provecho.—Salieron con él el obispo de Malta y el duque de Gandía, y, subido en una mula pequeña, salió de la ciudad, siguiéndole la infanta y dos hijas suyas; y apenas había atravesado los umbrales de la puerta, que luego salieron veinte y cinco ó treinta soldados castellanos, que le tomaron en medio,

atropellando á la infanta é hijas suyas, y los de la ciudad luego cerraron las puertas, y de esta manera lo llevaron á la tienda del rey.—Era vispera de Todos Santos, y el rey había mandado poner su sitio en una sala; pero como concurrían tantos á este espectáculo, lo mandó sacar fuera en el campo, á vista de todo el real, y alto.—Aquel D. Jaime de Aragón, dice el mismo historiador, ántes tan pretencioso y altivo, salió humildemente de Balaguer (31 de Octubre de 1413) y, arrodillado ante el rey D. Fernando, á presencia de todo el ejército, le besó la mano y le dijo:—«Señor, yo vos demando misericordia, y pídovos por merced que vos membrades del linage donde yo vengo.»—Yo vos perdoné, le contestó el rey, y ove de vos misericordia, cuando vos otorgué cuanto me demandastes: é agora por ruego de la infanta, mi tía, vos perdoné, que mercedades la muerte por los yerros que habiades fecho; é aseguro vuestros miembros, é que non seades desterrado de los mis reinos.» Y mandóle levantar, encargando á Pedro Hernandez de Guzman lo llevase consigo á su posada, desde donde fué conducido á Lérida, y de allí á Zaragoza y á Castilla, acabando trágicamente sus días en Játiva, despues de diez y siete años de penoso cautiverio.»

Tal es el fruto que suelen dar de sí las contiendas políticas para aquellos á quienes la suerte no les es favorable: la expatriación, el cautiverio y la desgracia. Cuán cierto es tambien que no bastan siempre los votos de los Parlamentos ni la voluntad de los pueblos, para dar una corona, sino que los cetros se ganan casi siempre y aseguran por la fuerza de las armas. A ellas tuvo que recurrir D. Fernando, y si bien la desgracia del infeliz D. Jaime de Urgel fué generalmente sentida, y no dejaba de tener notorios derechos á la corona, debe confesarse que la eleccion de Caspe fué acertada, porque las virtudes del infante castellano levantaron la monarquía á un estado de esplendor, que sólo de vez en cuando nos presentan los anales del mundo. Hé aquí por qué terminaremos este breve recuerdo de las competencias políticas de Aragón para designar monarca en el siglo XV con las siguientes palabras de nuestro historiador D. Modesto Lafuente: «Todos los escritores contemporáneos han hecho justicia á las grandes virtudes de D. Fernando I de Aragón, *el de Antequera*. Franco y benéfico para todos, aunque inflexible y severo en el castigo de los crímenes contra el Estado; templado, sóbrio, moderado en sus costumbres, religioso sin fanatismo, amante de la justicia, intrépido y valeroso en la guerra y, sin embargo, amigo de la paz, general entendido y conquistador afortunado, laborioso é infatigable en los negocios del gobierno: tal era el príncipe que el derecho de sucesion y la voluntad del pueblo aragonés habían llevado de Castilla á Aragón, y mereció los renombres de *el Honesto* y *el Justo*.»

FLORENCIO JANER.

RELACIONES Y ARMONIAS

ENTRE LA NATURALEZA DE LOS IDIOMAS

Y EL CARÁCTER DE LOS PUEBLOS.

(Conclusion.)

La moderna Italia recuerda la grandeza del antiguo Lacio. Pero debilitada su fuerza por la desunion, y siendo hasta hace poco patrimonio de muchos pequeños príncipes, aún no ha logrado manifestar á Europa su vigor comprimido, y por intervalos lucha y se adormece. Artista por naturaleza, ve sus campos dorados por el feudo sol del Mediodía y bañadas sus costas por el Mediterráneo; mar donde la Providencia quiso poner el teatro de grandes acontecimientos. El Coliseo medio derruido, las columnas de los templos gentílicos vestidas de musgo, los puentes colosales arrojados de una á otra orilla sobre el abismo, los mil monumentos de una civilización grandiosa y ya muerta, el dogma y la moral de Cristo, dando á todo esto un fondo de sentimiento místico y piadoso; las prácticas católicas, llenas de poéticas y tiernas formas; el aire mismo que la imaginación oye cantar entre los laureles del sepulcro de Virgilio y los pinos de Sorrento, forman un conjunto de grandeza pasada y tristeza presente, de afectos encontrados, perfume de recuerdos, esperanzas para lo futuro y excelente poesía, que no puede menos de reflejarse en la lengua y carácter del pueblo.

Así vemos nacer el italiano ántes que ningun otro romance de Europa: hácia la mitad del siglo XII muchos sucesos concurren á formarlo, desterrando por completo el provenzal que anteriormente se había difundido por todas partes, y parecía llegar á ser la lengua vulgar de

la península entera. El regreso de los cruzados, trayendo de Oriente nuevos conocimientos históricos, geográficos y de costumbres (pues fué Asia para ellos no sólo un campo de batalla, sino también una escuela provechosa); la reunion de muchas ciudades para formar la célebre liga lombarda, y la fundacion de varias universidades, son otros tantos rayos de luz que vinieron á desvanecer las sombras de los primeros siglos de la Edad Media. Fijase el idioma nacional y ensaya sus primeros pasos en las plumas de Guido delle Colonne, Guido de Messina, Arrigo Testa, Piero delle Vigne, sicilianos, y de Guinicelli, Onesto, Giusleri, Guitton de Arezzo; los cuales aún conservan algunas voces y modismos de sus respectivas comarcas.

Pero estaba reservado á Dante el perfeccionamiento del idioma, así como tres siglos despues reservaba España á Fernando de Herrera el de su locucion y giros poéticos. Criado el lírico sublime con la ternura y el amor de su madre; enamorado, siendo niño todavía, de Beatriz Portinari; alumno de las universidades de Nápoles, Bolonia y Pádua; embajador en Francia, Roma, Hungría, Nápoles y en la república de Génova; *priore* en Florencia; desterrado y fugitivo de comarca en comarca y muerto por fin en el destierro, escribió su admirable *Vita Nuova*, sus *Cartas amorosas y morales*, y especialmente su *Comedia* llamada despues, no sin razon, *Divina*. Con estas tres obras establece la verdadera sintáxis, refunde en una lengua general las bellezas de los principales dialectos, determina el corte y estructura de la frase y muestra en sus producciones la variedad y excelencias de todos los estilos. Su gran genio aparece con ménos esplendor en las traducciones de salmos, en sus cartas y en sus libros *De Vulgari Eloquio* y *De Monarchia*; como si fuese el latín una traba para desarrollar con toda amplitud sus pensamientos. El ódio y el amor, poderosos móviles de la pluma de Alighieri, con la galantería de Francisco Petrarca y la ligereza y malignidad de Boccaccio, produjeron obras en donde se manifiesta bajo todos sus aspectos la índole de la lengua.

Enérgica y algo áspera todavía en el primero; lozana y fuerte en las imágenes aún en la *Vita Nuova*, consagrada al afecto de Beatriz; lánguida en Petrarca, dulce y suavísima; elegante en Boccaccio, tiene sonidos así para las pasiones y ehementes como para las delicadas y tranquilas, y alcanza á reproducir las ideales escenas de los tres reinos invisibles, ya en el cielo cante la alegría de los justos, ya descienda al lugar donde muere toda esperanza. Hasta la templada amenidad del clima parece reflejarse en el idioma, donde no vemos ese agrupamiento de consonantes difíciles de pronunciar, ni esa forzada sujecion á inalterables leyes gramaticales; tanto en el régimen como en la formacion de la frase hay movimiento y variedad, armonía y soltura. Hijo predilecto del latín, conserva más que ningun otro sus radicales y construcciones; así como guarda la memoria del poder de sus antepasados y un sello de grandeza en su imaginación y sus aspiraciones, que no han podido borrar las vicisitudes de los tiempos.

Hermano el idioma francés del anterior, como derivado tambien del latino, presenta gran copia de palabras semejantes, al mismo tiempo que en otras manifiesta la influencia germánica, y un recuerdo á veces bastante claro del dialecto provenzal. La viveza latina se halla templada en él con la frialdad y mesura de los pueblos setentrionales. Su gramática, la más inflexible de las neo-latinas, sujeta la frase al rigor lógico del pensamiento y es con frecuencia contraria á la elegancia y armonía; la repeticion del pronombre hace ámanerada la frase; pero le da una claridad y precision matemáticas.

El influjo del elemento germánico y sajón se muestra principalmente en el sonido nasal y oscuro y en el modo de acentuar las palabras; pues aunque la verdadera pronunciacion latina es desconocida hoy, por analogía debe inferirse su mayor semejanza con su hija primogénita la italiana, donde ni el acento carga generalmente en las finales, ni hay esa oscuridad de tonos producida por frecuentes diptongos, en cuya pronunciacion se adoptan sonidos indeterminados y confusos.

El romance vulgar francés no pudo desarrollarse pronto, apesar de los esfuerzos de Carlos Magno por aclimatar todo género de ciencias en su patria, atrayendo con larguezas á los sábios de distintos países. En vano en su expedicion á Italia trajo consigo al maestro Pedro de Pisa, al historiador de los longobardos Pablo Warnefrido, al célebre inglés Alcuino, y posteriormente al español Agobardo y á otros muchos hombres insignes; sus laudables esfuerzos por la ciencia, más dignos de un rey que las dilatadas conquistas, se perdieron en la oscuridad de su tiempo, y la luz que pudieron difundir sobre aquel informe caos se ha comparado justamente por los historiadores al resplandor fugitivo del relámpago en

una tenebrosa noche. Se adelantó á su época, y luchando él sólo contra la general ignorancia, únicamente pudo conseguir el honor debido á su empresa.

Los progresos científicos hubieran impulsado los del idioma; pues siempre á la idea va unida su vestidura material, que es la expresion. Pero despues de la muerte de Carlos, faltando quien continuase el movimiento iniciado, fué más densa la tiniebla, y el *provenzal*, dialecto de los trovadores y la galantería, pareció, como en Italia, que llegaría á ser la lengua de la nacion.

Luégo principiósse á desarrollar el francés en Normandía, donde á la par del latin se enseñaba en las escuelas; y desde los versos de Graciano de Tours, pertenecientes al siglo X, monumento el más antiguo de la lengua francesa, va adelantando con paso firme y siendo adoptada por historiadores y poetas, no sólo del país, sino tambien por algunos extranjeros.

Al verificarse la unidad política, se verificó la literatura, cuando Francisco I declaró oficialmente el francés lengua nacional.

Examinando el vasto panorama de la vida, no podemos ménos de considerar que así como hay naciones cuyo providencial destino es desempeñar un papel importante y decisivo en la grande obra de la civilizacion humana, de la misma suerte existen lugares formados al parecer para teatro de trascendentales acontecimientos. No sin razon, pues, el mar Mediterráneo es llamado mar de la historia, por las extraordinarias escenas de que ha sido testigo: no sin razon tampoco pudiéramos afirmar que la península ibérica fué campo de batalla de las más distintas razas, ideas y civilizaciones. Apenas existe un pueblo en la tierra que no haya debatido aquí principalísimas cuestiones de comercio, religion y gobierno: y al avecinarse en España tales pueblos, ya por sí mismos, ya por medio de sus colonias, han traído á ella nuevos elementos, formando el carácter complejo y vario que distingue á nuestra lengua y á nuestra literatura.

Por el dilatado contacto de España durante muchos siglos con invasores y conquistadores, sufrió numerosas y profundas modificaciones en su lenguaje. Sin detenernos en prolijas investigaciones acerca del primitivo, por no considerarlas útiles ni conducentes á nuestro propósito, consignaremos solamente que en tiempo de la invasion romana, lejos de hablarse un mismo idioma en toda la península, cada comarca ó provincia de ella tenía el suyo particular, así como tambien su manera de gobierno y sus jefes independientes unos de otros, y segun las circunstancias, ya coligados entre sí, ya declarados enemigos.

Esta multiplicada division en pequeños estados de contrarios intereses y distinto lenguaje, unida al cebo de la riqueza y maravillosa fertilidad del país, fué causa principal de las repetidas invasiones extranjeras encaminadas á dominarlo y explotarlo. Desde los cartagineses hasta los sectarios del Koram, la historia sólo nos presenta una série de conquistadores y colonizadores venidos de diversos puntos del globo, y ejerciendo una influencia tal y dejando tales huellas de su paso, que aun en el siglo VIII, segun Luitprando, se hablaban en la península el hebreo, el caldeo, el griego, el celtibero, el cántabro, sin contar el godo corrompido de las montañas astures, el latin, el árabe y el provenzal.

Siendo Roma la nacion que más ampliamente dominó en nuestro país, y agregándose á esta circunstancia la de su mayor cultura y la de hacer extensivo á España el derecho de ciudadanía, el latin llegó poco despues del reinado de Augusto á ser empleado, no sólo en documentos y escrituras oficiales, sino tambien en el uso vulgar y corriente, llegando á generalizarse sobre todo otro idioma, como medio de comunicacion familiar, científica y literaria. La historia de la literatura latina enumera y elogia entre sus principales autores á los españoles Quintiliano, Marcial, los dos Sénecas, Lucano, Orosio, Silio Itálico y otros varios.

Mas ya hemos dicho anteriormente que con la invasion gótica sufrió el idioma latín una modificacion extraordinaria, aunque prosiguió usándose en nuestra península. Segun la escasa ó ninguna importancia que los autores conceden á la lengua de los godos en la formacion de la nuestra, no parece sino que estos conquistadores renunciaron de pronto á su idioma pátrio y adoptaron plenamente el de los vencidos; lo cual se opone á un mismo tiempo al raciocinio y á la experiencia de todos los siglos. Un pueblo vencido, dominado y aun disperso, podrá abandonar su suelo natal, perdiendo la cuna de su existencia á la que profesa un religioso cariño; pero lo último que abandona es su idioma, ó más bien no lo abandona nunca, llevándolo á todas partes donde se encamine como resto de su felicidad, consuelo en sus desgracias y esperanza de mejores dias.

Cuando el venerable Homero nos describe la ruina de Troya, muestra á sus desterrados habitantes llevando consigo adonde quiera que iban los dioses paternos y la lengua sonora de las orillas del Simois y del Xanto; cuando la Biblia nos pinta á Israel cautivo y llorando sus pesares junto á los rios de Babilonia, nos dice que entonaban, acompañados de la lira, los sagrados himnos de su patria; cuando más tarde estos mismos judíos fueron proscriptos y diseminados por sentencia divina, han llevado consigo á todos los países del universo el tesoro de su lenguaje, conservándolo, apesar de los siglos y las opresiones padecidas; y si esto sucede tratándose de pueblos vencidos y sojuzgados, cómo los vencedores han de abdicar su lengua, que es casi lo mismo que borrar su personalidad y ceder su importancia?

Si tal cosa fuera posible, ningunas circunstancias más propias para haberse verificado, que las del tiempo en que los romanos conquistaron á Grecia: Roma sólo sabía peléar y vencer: no tenía ciencias, literatura, ni artes, ni conocimiento alguno medianamente desarrollado; mientras que Grecia los tenía todos y á una extraordinaria altura. Sin embargo, los romanos tomaron á los griegos por maestros, los imitaron siguiendo sus huellas en todos los ramos del saber; pero de ninguna manera abandonaron en su obsequio la lengua del Lacio, áspera y ruda todavia; porque la lengua es como la médula y corazon de un pueblo, y no puede abandonarla sin renegar de su mismo nombre para adoptar otro que no es el suyo y que no le pertenece. El godo, pues, no desapareció ante el latin, por más que así lo hagan sospechar los documentos conservados de aquella época; sino que sería el medio de comunicacion entre conquistador y conquistado, aunque dejando al latin su lugar en escrituras públicas, por ser más perfecto y no interrumpir bruscamente una costumbre secular, causando los naturales perjuicios que con tal trastorno sobrevendrian. Si aún no se ha estudiado bien este período, no es razon para asegurar un hecho que el raciocinio y la experiencia universal desmienten.

Confirman la opinion indicada las numerosas modificaciones de que en esta época no pudo eximirse el idioma latino, y que demuestran la incontestable influencia del de los dominadores. Ambos se fundieron con otros varios dialectos y con reminiscencias griegas para ir formando el romance; y si este logró consolidarse, evitando que el árabe fuese la lengua general de la península, sólo ha consistido en el odio profundo de los españoles á los sectarios del Koram; odio conservado principalmente por la diversidad de creencias religiosas que alentaban sus esfuerzos para conseguir más tarde su independencia.

Combatido desde su cuna por muchas y opuestas influencias, tomando sus elementos constitutivos de varios idiomas y dialectos, de los cuales algunos son hoy completamente desconocidos para nosotros, fué creciendo y robusteciéndose la lengua castellana, iniciada por el humilde romance de uso vulgar, en que no solamente se expresaban las necesidades de la vida, sino que, elevando su tono hasta el lirismo, elogiaba con los trovadores las heroicas aventuras y espléndidas hazañas de nuestros antepasados; lo cual dió origen á una literatura esencialmente popular, en contraposicion de la erudita, dominante en los claustros y entre las pocas personas instruidas de aquel tiempo.

Ambas literaturas siguen desarrollándose á la par, una al lado de la otra: la erudita mística, sin vigor ni perfumes, como una flor trasplantada á extraño clima; la popular, por el contrario, lozana y llena de vida, con galas propias, con varia entonacion, ignorante de las reglas; pero inspirada en la naturaleza, en la religion y las costumbres, y ajena á esas pálidas bellezas convencionales que no tienen su raiz en las grandes ideas, ni en los grandes sentimientos.

No era dudoso cuál de estas dos literaturas, ni cuál de ambos lenguajes en que se hallaban representadas obtendría el triunfo. Tanto la lengua como la literatura son la expresion de las ideas y sentimientos de un pueblo; y ningun pueblo puede acomodarse con gusto á ver desfigurado su carácter al representarlo por el arte, por más que se le pretenda imbuir que tales obras que le repugnan se hallan calcadas sobre los moldes griegos ó latinos, considerados como muy bellos por todos los humanistas y retóricos.

El *Poema del Cid* es la obra poética más antigua que conocemos en romance. Su estilo es toscó y rudo, la versificacion informe y sin armonía; pero ya en él se descubren los rasgos energicos de una gran lengua en vías de formacion. Tal vez algunas de las cántigas y narraciones de nuestro Romancero nacional sean más antiguas; pero habiendo sufrido la refundicion de poetas posteriores, la forma primitiva ha desaparecido, aunque

por su fondo de verdad y sencillez podemos colegir su antigüedad. La influencia progresiva del romance y su mayor perfeccion muéstranse claramente en el decreto del santo rey Fernando III, mandando traducir el código visigodo ó *Fuero Juzg*; y por Alfonso el Sábio, declarando el romance lengua nacional, haciendo que en él se redactasen todos los documentos y escrituras públicas, que hasta entónces sólo se habian extendido en un latin pobre y degenerado, y dando por sí mismo un ejemplo de altísimo valor con las *Partidas*, el *Fuero Real*, la *Paráfrasis castellana de la Historia Bíblica y Sagrada* y la *Conquista de Ultramar*; parte de cuyas obras redactó por sí y parte se escribieron bajo sus auspicios y correccion.

A tan grande altura llegó nuestro idioma entónces, que es preciso pasar un largo período de más de un siglo para encontrar la misma gallardía y riqueza de expresion y una estructura tan variada y flexible en los períodos. Verdad que las continuas luchas y desastrosas guerras ya contra infieles, ya entre los mismos príncipes cristianos, desviaban la atencion del estudio, fijando todos los ánimos en los hechos de armas que rápidamente se sucedian.

El reinado de D. Juan II de Castilla puede considerarse como la época de juventud de nuestro idioma, y el tiempo del insigne Fernando de Herrera como el de su virilidad y perfeccion.

Siendo el idioma de un pueblo que en la época de su desarrollo ha dilatado más que ningun otro su dominio, descubriendo nuevos mundos para llenarlos tambien con sus hazañas y famoso nombre, el idioma castellano es el más aspirado, sonoro y majestuoso de Europa. Tiene la noble gravedad latina, y en su impetuosidad y fuerza recuerda la energia del árabe: al latin pertenecen la mayor parte de sus radicales: conserva tambien su manera de conjugacion, excepto en la voz pasiva, pues la forma con los auxiliares *ser, estar y haber*, como los derivados del mismo tronco; y manifiesta la influencia árabe en la adopcion de algunas letras, en la abreviatura del *teschdit*, en la grande copia de voces y giros y en las particulares entonaciones que le debe. Sin faltar en lo más mínimo á la claridad, no necesita repetir fastidiosamente la multitud de particulas y verbos auxiliares del francés é inglés; y teniendo cuatro variedades para significar las diferencias del tiempo pasado, aventaja en esta parte al latin, que sólo posee tres para expresar tales modificaciones. Su carácter general es la gravedad, la fuerza y la nobleza, sin que por eso carezca de flexibilidad y de esa precision de que abusaron los conceptistas; pudiéndose calcular con asombro el círculo inmenso y vario de manifestacion que abraza, leyendo las ingeniosas é intraducibles obras humorísticas de Quevedo, y escuchando despues las grandiosas armonías de Fernando de Herrera, que hicieron exclamar con entusiasmo á un hombre tan entendido como el Fénix español Lope de Vega Carpio: «Aquí, aquí no llega ninguna lengua del mundo; perdóneme la griega y la latina».

NARCISO CAMPILLO.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

EL DIA DEL CORPUS Y SUS AUTOS SACRAMENTALES.

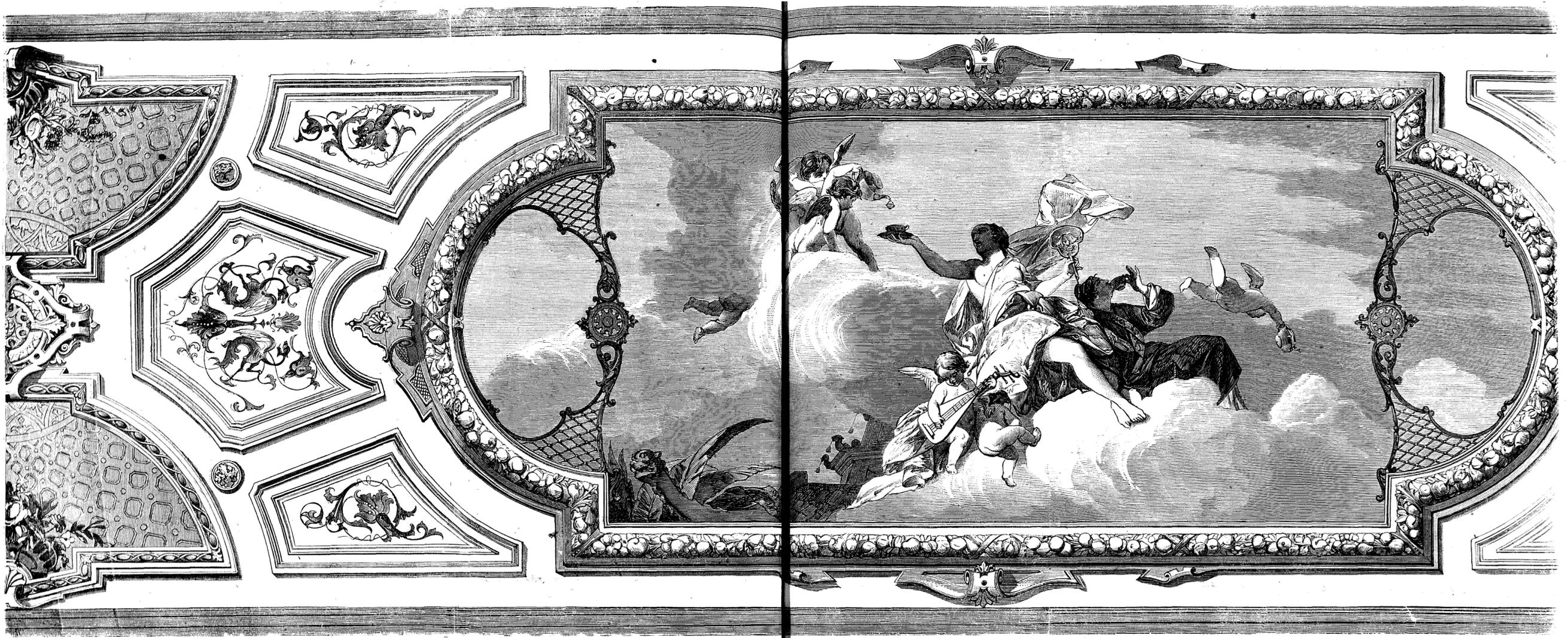
El religioso fervor de nuestros mayores, que tan profundamente imprimía en todos los usos y costumbres su piadoso carácter, hizose notar muy señaladamente en el entusiasmo y singulares regocijos con que celebraba la fiesta del agosto y sacratísimo misterio de la Eucaristía, en su solemnidad, llamada vulgarmente el *Corpus*.

Ardientes devotos, y siguiendo el impulso de la veneracion que todas las cosas que atañian á la religion les inspiraban, no es mucho pensar que en los obsequios tributados á tan sublime asunto, hiciesen mayor agasajo que en ningun otro y fuesen más y más peregrinas las invenciones.

Entre todas, la que más sobresalía, si bien ha desaparecido ya, mientras que otras se conservan, era la celebracion de los *Autos Sacramentales*.

Eran éstos unas representaciones dramáticas con asuntos místicos, imitacion de los antiguos *Misterios*, en componer las cuales se emplearon los primeros y más floridos ingenios de nuestra España.

Pero ántes de hacer ver qué cosa fuese tal funcion profano-religiosa, principiaremos por describir cómo empezaba á solemnizarse: *el día del Corpus*.



MADRID MODERNO.—TECHO PINTADO POR EL SEÑOR VALLEJO, CON ORNAMENTACION DE LOS SEÑORES FERRI Y BUSATO, EN EL NUEVO CAFÉ DE FORNOS.

Aquel cantar que dice:

Tres juéves hay en el año
Que relumbrian más que el sol;
Juéves Santo, Corpus Christi
Y el día de la Ascension.

bien claro demuestra la predilección con que á tan solemnes días siempre se ha mirado; así que no es de extrañar que cuando llegase el del Corpus, todo el mundo, grandes y chicos, hombres y mujeres, manifestasen de algun modo su contento.

Empezaban por preparar sus galas, poco más ó ménos como hoy se hace, y como era notorio que aquel día cada cual se presentaría lucido al uso, lo más galan que pudiera, esmerábanse todos en atildarse.

Habíase de celebrar la procesion por la mañana y las representaciones de los Autos Sacramentales por la tarde; así que los moancesos que deseaban lucir su donaire ante las bellas, los que hoy llamamos elegantes y entónces se conocian con el nombre de lucidos ó lindos, tenian en incesante movimiento á los artifices de sus galas.

Muy en uso estaban entónces los aceites, olores y uncciones de cabellos, barba, manos y vestidos, de suerte que era ésta una de las cosas en que más esmero se ponía; así que no faltaban del aposento de una dama ó un lindo el áubar, agua de rosas, de azahar, jaboncillo veneciano, aceite de estoraque, de menjus, de violetas, de piñones, de alfécegos, de altramuzes, canutillo de albayalde, soliman labrado para blanquear al cutis, tuétano de corzo y otros lúctres.

El que cuidaba de sus bigotes no se acostaba nunca sin envainarlos en bigoteras con ungüentos, que tras de conservarles lúctrosos, los rizaban, dejándolos dispuestos del modo más conveniente.

Este día, más temprano que otros, era requerido por

el barbero, que venia apercebido para adobar y pulir su cabellera y barba.

Allí entraban los primores para haberle de atusar la jaulilla ó copete que encima de la frente un como montecillo de cabellos se levantaba *.

Esta, como otras muchas cosas, fué corregida por las pragmáticas de los monarcas, que se habian propuesto meter en vereda el deseo de lucir de sus súbditos, prescribiéndoles el traje y su calidad, aunque por las repetidas veces que tuvo de ordenarse lo mismo, se puede conjeturar sin gran trabajo el respeto que tales pragmáticas conseguian.

En el año de 1639 se prohibieron los copetes hasta el punto de imponerse penas á los barberos que los hiciesen, siendo tal la ojeriza que á tales galas tuvo el monarca, que mandó que á ninguno que llevase copete ó jaulilla se le admitiese á su real presencia, ni tampoco en las audiencias se les oyese sobre ningun linaje de pretensiones.

Ya aderezada la cabellera, era cosa de hacer lo propio con el resto del cuerpo, y aquí entraban los primores del lindo.

El color del vestido habia de ser negro * y más en día tan solemne; pero como los malditos gregüescos y calzaz dejaban lucir la pierna, el que podia blasonar poco

* La operacion de peinar el copete se hacia con un hierro apropiado llamado *alizador*. Así en *La dama dueña* de Calderon dice doña Angela á su criada, al encontrar este utensilio en la maleta de su huésped:

Muestra á ver. Hasta aquí hierro
De sacarmelas parecer.
Mas estas son tenacillas,
Y el alizador del copete
Y los bigotes, esotras.

* En la misma comedia dice el gracioso Cosme á su señor:

Allí (en la corte) vestido de negro
Has de andar, y esto se hace
Con tomar un ferretuelo.

de sus buenas formas, enmendaba á la naturaleza, supliendo sus faltas con algodones.

Atormentaban sus cuellos con los que almidonados se ponian, llamados de *lechugilla* y de *arandela*, porque se los rizaban formando unos gruesos canutos de varias medidas, que las pragmáticas redujeron á la de *ocho anchos*.

No contento con esto Felipe IV la hizo abolir en 1623, sustituyéndolos con *walonas* á la francesa, que habian de ser *llanas*, sin invencion, puntas de randas, cortados, deshilados, ni género alguno de guarnicion; así como tampoco habian de estar aderezadas con polvos azules, ni de otro color, ni se permitia que al plancharlas sacasen el *lechugado* con los hierros que para ello habia, llamados *abridores* *.

Poco despues de publicada la pragmática que contenia estas prohibiciones, vino á la córte de España el príncipe de Gales, y con motivo de su llegada se consintió, como merced y holgura, la no observancia de la pragmática mientras la permanencia del príncipe, siendo esto causa de que por entónces se relajara su sancion.

Por estos términos se iba engalanando el lindo, sin que en ello le llevase ventaja la mujer más precizada de su belleza y atavíos.

Y no es que las damas no se aliñasen con esmero sumo; que pues ello es en las tales instructiva inclinacion, no es menester asegurarlo mucho para que se le dé crédito.

Pero no entraré ahora en pormenores de sus trages, dejándolo para su respectivo artículo, ni diré que por la ya citada pragmática de 1639 se les prohibia llevar guarda-infante ú otro ahuecador parecido, de lo que sólo se exceptuaban las que el vulgo llamaba *mujeres enamoradas* ó *mozas del partido*.

* Por la citada pragmática de 1623 se prohibe ser *abridor* de cuellos, so destierro y vergüenza pública (Nueva Recopilacion).

No referiré cómo se les impedia usar basquiñas de más de ocho varas y cuatro de ruedo, siendo de seda, y lo mismo en los *falbellines*, *manteos*, ó lo que llamaban *polleras* ó *verdugados*, que era un cierto género de vestido que usaban debajo de la basquiña.

No hablaré tampoco de la prohibicion de llevar zapatos, usando de verdugado, porque con el ruido que hacia dejaba registrar dicho calzado; pero si gastaban chapines, con tal que no bajasen de cinco dedos de tacón, eran dueñas de usar el verdugado: nada diremos de todo esto ni de cómo quedaron vedados los escotes, excepto á las mujeres ya citadas, porque todas estas disposiciones se obedecian corto tiempo, hallando luego medio de burlarlas.

Así ataviados dábanse todos á *ruar* ó callejear, esperando la hora de la procesion, bien en la carrera, bien en las ventanas de los amigos.

Las campanas anunciaban la solemnidad, y las numerosas religiones y cofradías iban llegando con mesurado paso al templo, á donde los fieles acudian con cirios y los forasteros con su curiosidad.

El monarca, sus consejeros y la nobleza asistian á tan solemne fiesta, demostrando en su porte grave y respetuoso, al par que modesto, que todas las grandezas de la tierra son muy poca cosa ante la de Dios, hecho hombre, cuyo sagrado cuerpo aquel día se conmemoraba.

Pero como siempre y en todos los tiempos ha habido gentes que han dado un sesgo torcido á las cosas, no faltaban algunas que acudian con un fin puramente mundano, como era el de ver y ser vistas, atendiendo con poco respeto á los misterios que tales ceremonias simbolizaban.

Y esto sucedia, según lo aseguran escritores contemporáneos, en un tiempo en que tan hondamente se hallaban grabadas en los corazones la piedad y la religion, de

donde puede deducirse, cuando se nos habla de lo pasado como de un modelo, que pudiera ser bien no más que el prurito de elogiar lo que fué, porque ya dijo el antiguo poeta Jorge Manrique

Como, á nuestro parecer,
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

Los que en su casa recibian á los amigos y conocidos, debian de preparar el agasajo para aquellos que les hacian la merced de trastornar el órden acostumbrado.

Era ya por entónces el chocolate uno de los principales obsequios de estos casos, si bien para la procesion del Corpus, poco á propósito, por ser á una hora desusada para eso; pero en cambio habia en sus correspondientes salvillas agua de naranja, de fresas, de canela, auro-ra, mosela, bebida imperial, boca de dama y agua de nieve con panales, y eso que los helado era cosa conseguida de pocos por su dificultad y coste, á causa de hacer muy corto número de años que Paulo Charquias habia inventado los pozos de nieve *.

En tanto que la fiesta religiosa llegaba, estaban conversando de los asuntos del día, como del sermon que habia predicado el anterior el P. Hortensio Paravicino, con tan nuevos conceptos y culto y grande y elocuente lenguaje, que habia sido el pasmo de cuantos lo habian oido.

* A esta costumbre de vender helados, que por entónces empezaba, alude Tirso de Molina en *Marta la Piadosa*, cuando dice en boca de ésta:

Serán amantes felpados
De los rubios moscales,
Que, para que no los hieles,
Irán á verte aforrado;
Porque como cada día
Trucan las cosas los cielos,
Y ya se venden los hielos,
Estimarante por fría.

Hablábase luego de cómo habia corrido toros en la Plaza Mayor Cantillana, poniéndoles rejonos como ninguno, lo que habia llevado tal concurso al sitio de la lidia, que no se encontraba un asiento en un tablado ni por un ojo de la cara, y eso que los carpinteros habian estado poniéndolos más de tres días consecutivos; pero todo era poco en tales ocasiones.

No se dejaba de decir algo de las funciones que su majestad preparaba en el Buen Retiro para solemnizar la verbena de San Juan, y por último, se elogiaba por extremo el *Auto Sacramental* que iba á representarse aquella tarde, uno de los más ingeniosos y de más invencion de tramoyas y máquinas que habia salido de la pluma del famoso D. Pedro Calderon.

En éstas veíase venir á lo léjos, por debajo de los toldos *, la procesion, que anunciaba una no interrumpida vocería de chiquillos, corriendo delante de *la Tarasca*.

Era ésta un horrible mónstruo de carton, que en algo parecia á una sierpe, y con tal artificio dispuesta, que alargaba á las veces el ensortijado cuello hasta llegar á las cabezas de los absortos ó descuidados páparos y les quitaba el sombrero con no poca algazara del concurso, que celebraba la matraca y el estupor del forastero *.

* La costumbre, que aun hoy se usa, de entoldar las calles de la carrera por donde ha de pasar la procesion, ya entónces era conocida, según dicen en los siguientes cuatro versos del licenciado Pedro Arias Perez:

A los que son langarutos
Pusiera en lugar de vigas
Todos los dias del Corpus,
Con los toldos de la villa.
(Coleccion dedicada á Tirso de Molina, 1628.)

* En una comedia de San Cristóbal, que cita Lope en su *Doña Urraca* (Parte II, Ac. IV, Es. III), sale, entre otros personajes, la Tarasca y, aludiendo á esta costumbre, dice:

Y con estos aceros
Tragaré querubines por sombreros.

Venían luego los *Niños Desamparados*, quienes con unos ciertos instrumentos de barro, llenos de agua, iban dando una música, como si melodiosos pajarillos siguiesen el acompañamiento.

Con ellos iban los *Niños de la Doctrina*, con sendas guirnalda de flores en la cabeza, precediendo á las numerosas religiones y cofradías, que hacían interminable la solemnidad.

Lo variado de los hábitos y el continente de aquellos graves varones daba mayor pompa á la procesion.

Solemne silencio reinaba por todo, interrumpido apenas por las pisadas, ó bien por el clamoreo de las campanillas, anunciando que próxima estaba la peana del Sacramento: los cantos sagrados, que con voz profunda entonaban, predisponían el ánimo para postrarse ante la Divina Majestad.

Pero esta que entonces se presentaban los *Gigantones*, promoviendo nueva algazara y contento infantil.

Esta costumbre aún dura en algunas ciudades de nuestra España, apegadas á sus venerandos usos antiguos.

No aumentaban poco el brillo de la funcion las cofradías, que por riguroso orden de antigüedad se disputaban el honroso cargo de alumbrar la custodia, distinguiéndose por sus pendones.

Como si fuese cosa de tal naturaleza un compuesto de grave y festivo, presentábase luego una danza, que con acompasados movimientos y mudanzas atraía las miradas del concurso.

Después de este regocijo, impropio al parecer, pero excusable por la piedad, que de este modo pensaba obsequiar más á la Celeste Majestad, seguían los sacerdotes, que con el mayor recogimiento acompañaban la peana, que entre nubes de incienso y el son melodioso que hacían las músicas, pasaba entre la multitud, que la acataba á su paso, hincándose de hinojos.

Acababa con esto la procesion y con ello empezaban á verse libres de los amigos las casas que tenían ventana, y también la carrera, porque terminada la funcion religiosa, llegaba el turno á la profana; ó mejor sacro-profana del *Auto*, y como éste había de empezar por la tarde ante los reyes y el Consejo, todos tenían prisa de ir á comer, y más entonces que los españoles guardaban la costumbre de hacerlo á la hora de medio día.

Esta fiesta de los *Autos Sacramentales* era lo que verdaderamente daba carácter á los regocijos y solemnidades del día, y con tan general entusiasmo se tomaba, que ya desde muy antiguo se celebraba en casi todos los pueblos de España, aun los más pequeños, en donde compañías de representantes de la legua hacían sus habilidades, recorriéndoles de uno en otro, hasta con los trages vestidos, tal como nos los pinta Cervantes en el Quijote, cuando este andante manchego topó con el *carro de las Cortes de la Muerte*, que la compañía de Angulo el Malo iba á representar á un pueblecillo cercano.

Para esto los concejos tomaban gran cuidado en prepararse con una compañía que les *hiciese los carros* (asi se decía á representar los *Autos*), y las grandes ciudades, y sobre todo la corte encomendaba esto á las más acreditadas, como la de *Prado*, la de *Olmedo* y otras.

También procuraban que el *Auto* fuese nuevo, y sabido de todos es cuántos trabajó Calderon para Madrid, por encargo del Ayuntamiento, en cuyas obras opinaba que sólo podía ocuparse licitamente desde que vistió los hábitos clericales.

Hemos dicho que se llamaba *hacer los carros* á dar las representaciones de los *Autos*, y esto á causa de que á falta de tablado recitaban sobre unos carros que lo suplían, y de este modo se dejaban ver de todo el concurso que, ya desde la calle, ya desde las ventanas, acudía á presenciar la fiesta.

Pero esto era en los pueblos de corto vecindario, pues en las grandes ciudades, como acto entonces tan de la devocion del pueblo y la nobleza, se representaba en grandes tablados que á propósito se construían.

La funcion empezaba por representarse delante de los reyes, á quienes se construía un dosel desde donde pudiesen presenciar la fiesta, que después había de repetirse ante otras personas de elevada categoría.

Como la funcion era gratis, fácil es suponer la mucha concurrencia que habría, siendo tanta la aficcion del público á comedias y teniendo éstas un carácter sacro que las recomendaba al espíritu fervoroso que con tal extremo entonces dominaba.

Desde muy temprano la gente se agolpaba hácia las plazas en donde la funcion había de celebrarse.

Acudían grupos de toda clase de personas: caballeros y escuderos, damas, dueñas, busconas, tapadas de medio ojo y galanes que no desperdiciaban la ocasion, todos los que contribuían al rumor que se formaba.

—Mucho tardan los representantes, decía uno, que por su porte parecía caballero, aunque no era lindo al uso.

—Es que tampoco han acudido Sus Majestades y hasta entonces no ha de empezar el *Auto*.

—Dicen que este año se presenta con mucho boato y que la compañía de Prado ha prometido hacerlo más barato que otra alguna, por oponerse á la de Olmedo, que ha tenido que irse á Sevilla. Segun parece, Calderon había ofrecido al primero el *Auto* que acaba de escribir y al que ha titulado *El Pintor de su deshonra*, que, como sabéis, es el de hoy, y por su empeño en hacerlo ha trabajado tanto Prado.

—Pues á fé tendrá el poeta lucido auditorio, pues han acudido en gran número las gentes forasteras.

—Ya veis cómo está la calle y los balcones; más que esto parecen otros tantos jardines, segun las bellas flores humanas que éntienen.

—Reparad aquel de la celosía y vereis qué niña le ocupa, y segun parece atiende con ojos placenteros á cierto galan que desde frente la mira.

—Si no me engaño es el D. Bernardo de Bazan, hijo del corregidor de Leon, que anda desvahido por unos amores con la hija de cierto hidalgo pobre. El padre parece que lo lleva mal; pero el error que erre en que ha de casarse con doña Clara, que es el nombre de la doncella.

—Debía el corregidor poner tierra por enmedio.

—Así lo hizo, ó por lo ménos quiso hacerlo, enviando al mancebo, que era estudiante, á Salamanca, desde Alcalá en donde estaba; pero él ha barlado los mandatos paternales, merced á una tia, hermana de su difunta madre, que ha dado en mimar al caballero.

—El diantre son estos mozelos del día!

—Bien tiene el estudiante á quien parecer, pues su tío, el oidor que ahora es de Nueva Granada, fué lo mismo en sus verdes.

—Mirad, mirad cómo bracca y se abre paso entre la muchedumbre el doctor Pedro de Albuera, siempre grave, como si recetase la uncion.

—Prisa lleva, le aguardará algun enfermo para que le remate.

—No, que va sin la mula y nunca hace sin ella las visitas; como que es fama que el cuadrúpedo le sirve de asesor, segun yerra las curas.

—La lleva con gualdrapa negra para anunciar la muerte.

—Y él parecería correo de la Parca, si no fuera por el paso tartamudo de la mula, que no valdria para llevar una mala noticia, segun camina despacio.

—Cuéntase que por él escribió Tirso este cuento*:

—¿Qué quereis pedir de su merced el doctor Albuera, si apenas oyó en las áulas á Hipócrates, y no tiene más ciencia que los mendrugillos de ella que recogió de la mucha que se dejaba caer el doctor Salcedo, en dos años que le sirvió para engualdrapar la mula?

—Y luego se arrojan á matar á su prójimo, examinados para ello y con título que los autoriza: por eso sin duda dijo también Tirso*:

—Bien conoco el P. Gabriel á estas epidemias, que se llegan hablando en griego, porque no se eche de ver su ignorancia, y en sabiendo cuatro terminillos, cada cual se imagina un Villalobos, un Laguna ó un Vallés.

Aquí llegaban del elogio del médico, cuando un murmullo mayor de lo que hasta entonces se oyera, vino creciendo rápidamente por todas las calles que desembocaban en la plaza en donde se esperaba la fiesta.

El desasosiego, el movimiento y el alzarse sobre las puntas de los pies fué general.

Estrechábanse unos á otros para conseguir mejor sitio;

* En su comedia *El Amor médico*:

Diz que en Madrid enseñaba
Certo verdugo su oficio,
No sé á qué aprendiz novicio,
Y viendo que no acertaba,
Puesto sobre su espantajo
De paja, aquellas liciones,
Le ocho la escalera abajo,
Diciéndole: «candad, señor,
Y pues estais desahuciado
Para oficio de hombre honrado,
Estudiad para doctor.

* En la misma comedia:

¿No es lastima que examinen
A un albeitar ó herrador,
A un peralite ó fundidor,
Y cuantos que determinen
Que practiquen su ejercicio,
Aprueben su suficiencia,
Y la medicina, esencia
Que no tiene por oficio
Ménos que el dar ó quitar
La vida, que tanto importa,
Con una asistencia corta
De escuelas, un platícar
Dos años á la gualdrapa
De un doctor, en ella experto,
Porque más hombres ha muerto
Prolijo de barba y capa,
En habiendo para mula,
Luego quede graduado
Antes de ser licenciado
De doctor? Quien no regula
Estos peligros, ¿no es necio?

en los balcones y ventanas se amontonaban sacando el cuerpo fuera para averiguar la causa de aquel tumulto, y hasta por los tejados había quien esperaba ver el *Auto*.

Verdadero motivo había para ello, pues no eran ménos de dos los sucesos que así alteraban al ya no muy sosegado concurso.

Si á esto se agrega la molestia de un sol de junio, que sobre las gentes se desplomaba, podrá comprenderse bien todo lo referido.

He dicho que dos sucesos eran bastantes á promover la algazara; pues bien, el uno era que por una de las calles y en litera venían los reyes y con ello lo más escogido de la corte, y por otra y á no mucha distancia avanzaban los *carros*, conduciendo á los recitantes.

El murmullo se convirtió en un clamoreo general y millares de voces repetían: ¡los reyes! ¡los carros!

Llegó primero el monarca y ocupó su asiento bajo el dosel que se le había preparado: entonces la gritería fué disminuyendo y se vió entrar á los carros majestuosamente en la plaza.

Los representantes hicieron la venia al monarca y se encaramaron al cadalso con este objeto levantado.

Ya he dicho que el *Auto* para aquel año era el que había escrito Calderon con el título de *El Pintor de su deshonra*.

Los *Autos*, así como las comedias, tienen su loa, por la que empezaban.

Había para esta funcion echado el resto Prado con toda su compañía, y podía hacerlo mejor, por cuanto en aquellos dias estaban cerrados los *corrales* en donde trabajaban de ordinario.

El clamoreo general se trocó por un silencio profundo en el momento en que se levantó la cortina para la loa.

Nadie hubiera dicho que aquel público, ántes tan regocijado é inquieto, fuese el pacífico de ahora.

Dejóse entonces oír una música suave y acordada, anuncio de que iban á presentarse los personajes de la loa, todos alegóricos y adecuados al asunto.

Como no es difícil comprender, éste era alusivo á la festividad del Corpus; pero lo que maravilla es que siendo uno el asunto, fuesen tantos y tan variados los *Autos*, aun con los mismos personajes.

En esta loa la *Ley de Gracia*, representada por una matrona, que era la dama, había construido una custodia, y teniendo de ello noticia el *Género Humano*, que era un mancebo recién llegado al mundo, deseaba saber qué cosa era la custodia, y sobre todo, que excelente sugeto había de contener.

En tales dudas andaba pensativo, cuando divisaba á la *Justicia* y á la *Piedad*, que apercebían para el trabajo la oficina de la *Ley de Gracia*.

Quería informarse de ellas; pero éstas se remitían á la *Ley de Gracia*, que salía trayendo la custodia.

Dirigíase entonces á ésta para lo que deseaba averiguar y lo oía lleno de piadoso asombro, sabiendo que tan inefable tesoro le estaba destinado; pero le decía la *Ley de Gracia* que para merecerlo

Es fuerza que con intacta,
Cándida ropa, con limpia
Conciencia, y en fin, sin manchas
De mortal culpa, á la mesa
Llegue donde se reparta.

Para esto ha de estar adornado de adecuadas virtudes, que deberá presentar, y para que se vea si son de ley, las entregará á sus secuaces la *Justicia* y la *Piedad*, de quien la primera las pesará en su infalible balanza y la otra numerará los quilates que resulten, dándole la paga por ello

No con real moneda, sino
Con espiritual ganancia.

Todo esto lo decían los representantes con afectada gravedad, voz hueca y no muy mesurado acento, pues por entonces hacían gala de ello, y ciertamente que podían lucirse á su talante en las interminables y nunca economizadas relaciones de galan ó dama de las primeras jornadas de las comedias.

Por más que el asunto tuviese mucho de sacro, no dejaban los asistentes sus hábitos profanos, recibiendo no poco placer cuando veían el semblante agraciado de las damas de la compañía, y era la verdad que la encargada de representar la *Ley de Gracia*, tenía cierto cejo y maliciosa desenvoltura, que no inspiraba la mayor devocion.

Así debían opinar varios que formaban un grupo, y que por las trazas eran soldados y otras gentes de vida alegre, quienes hacían comentarios sobre la representacion, y por lo visto eran conocedores de algunos episodios de la vida de la compañía que hacia los carros.

—Mirad, alférez Benavides, decía uno que llevaba unos gregüescos más acuchillados que si los hubiera te-

nido en tres campañas; mirad cómo Ponce, aun en el *Auto*, hace guiños á la Blanquilla; pero esperad, que luego saldrán las mozas de más brío de la compañía.

—Si no me engaño, Sanabria, esa que ahora sale de blanco y que representa la Pureza, es Juana de Trujillo, que tanto dió que sentir al capitán Lorenzana.

—¿Quién sino el diablo pudo tener la ocurrencia de encargar tal virtud á la Sanguijuela, como han dado en llamarla, por lo que chupa las bolsas?

—Le ofrece á la Ley de Gracia un rubí, emblema de la pureza, aunque imagino que mejor le presentaría cosa que más le dañase, pues creo que las trae enojadas no sé que cuestión de celos de un perulero que regala á la Sanguijuela.

—Profanas lenguas teneis, hermanos, que ni aún aquí descansan, añadió otro; valiera más callar y oír, que en ello todos ganaríamos.

Esta recomendación sirvió para que por entonces cesasen el lábio, dejando ver y oír á los otros personajes que fueron saliendo, á saber: primeramente el *Dolor*, que ofrecía, para otro rayo de la custodia, una amatista, piedra que decían conserva la memoria.

Seguíale el *Amor al prójimo*, el cual le ofrecía una espínola: el *Temor*, que salía luego, entregaba un topacio, en cuya amarillez estaba simbolizado.

El *Propósito*, que venía despues, traía un diamante, emblema de su firmeza, y con él quedaba completo el adorno de los seis rayos de la custodia.

El respeto que al concurso infundía la presencia del monarca, era el freno que le contenía para no manifestar con ruidoso aplauso el agrado con que escuchaba las ingeniosas alusiones del autor y el maravilloso artificio con que explicaba, á lo divino, las propiedades de aquellas piedras preciosas.

Entonces, con vestiduras pontificales, salió el *Orden Sacerdotal*, trayendo un cáliz con una hostia, destinada á la custodia.

No poca risa causó al grupo ántes mencionado, ver al farsante que aquellos santos emblemas traía, recordando que en la noche anterior, despues de haber andado á tragos en una *ermita**, anduvo á cuchilladas con el lacayo de un marqués, que daba música á cierta doncella, sobre su palabra, que vivía al arrimo de las venerables tocas de una doña Aldonza, viuda reverenda, cuyo rosario daba más vueltas que cangilon de noria.

Despues que explicó su objeto, dióle gracias al Género Humano por el sacro presente que le hacía; mas la Ley de Gracia díjole que no era bastante aquello, sino que debía hacer un *Auto*, y que éste fuese el de *El Pintor de su deshonra*, y en tanto se preparaba que cantasen y bailasen con hachas en las manos, emprendiendo entonces unos trenzados todas aquellas figuras alegóricas, acompañando procesionalmente al *Orden Sacerdotal*.

Aquí terminaba la loa y se daba un poco de respiro al público, que se preparaba á entrar en el *Auto* prometido.

Pasado un corto intervalo, empezaba, poco más ó menos de la misma suerte que la loa, por lo que sólo muy brevemente lo relatamos al lector.

El argumento del *Auto* era presentar al hombre creado por Dios en el estado de la inocencia, y cómo luego el comun enemigo maquinaba el medio de hacerle incurrir en desgracia de su Hacedor, merced á la *Culpa*, como en breve lo conseguía, perdiendo no obstante el fruto de su astucia, gracias al inefable misterio de la Redención.

Es de advertir que el Diablo componía, de tiempo inmemorable, importantísimo papel en los *Autos*, con sus cuernos y su cola, atavío inexcusable del príncipe de las tinieblas.

Solia presentarse en escena manifestando en su porte la soberbia de su rebelde condicion y recitaba con voz gruesa y destemplada, dando gritos y voces, como si quisiera hundir el tablado. Entraba precipitadamente y asustando con el *¡bú, bú!* y cuando salía era del mismo modo, diciendo *¡rí, rí!*

A poco del intermedio empezó el *Auto*, abriéndose el primer carro y subiendo al tablado el *Lucero* ó *Lazbel*, maldiciendo del proyecto que Dios tenía de crear al hombre, y se proponía hacer perder á éste su inocencia, auxiliado por la *Culpa*.

Grande huelga tuvieron Benavides y Sanabria viendo hacer este papel á la misma que ántes había representado la *Ley de Gracia*, que de seguro estaba con mayor propiedad en su nuevo papel.

Poco despues salía el Pintor, que simbolizaba á Dios, que habiendo criado en cinco días el Universo, iba entonces á pintar al hombre, para remate de su obra, presentándole la *Inocencia* la paleta con los colores, la *Ciencia* el tiento, y la *Gracia* los pinceles.

En breve aparecía la *Naturaleza*, emblema del hombre, salido de manos del Pintor—Dios—y no tardaban mucho en hacerle pecar, comiendo la manzana, la *Culpa* y el *Lucero*, quien ostentaba un espantoso traje de dragon.

Conspiraba con ellos á esta obra de perdición el *Albedrío*, que era el gracioso, en traje de villano, y decía sus chistes y equivoquillos.

Despues de mostrarse la cólera divina con un diluvio, aplacábase la justicia eterna y se anunciaba el misterio de la Redención, con que había de rehabilitarse el hombre y quedar el *Lucero* vencido.

Nuevas músicas acababan el *Auto*, y con hachas, en medio de grande gritaría, se dirigían á otro punto, en que los carros volvían á repetir la misma función, que duraba muchos días consecutivos, gracias á la gran popularidad que había alcanzado.

No se crea por esto que los *Autos Sacramentales* no tuviesen acérrimos enemigos aun en los tiempos de su mayor fausto y esplendor, y forzoso es confesarlo, no desprovistos de razón, pesárale á los que los defendían á capa y espada, fundándose sobre todo en lo característicos y nacionales que eran, al par que muy devotos y ejemplares para la muchedumbre, que allí aprendía el vivo pasaje de los libros santos.

Ya en los tiempos de Felipe II se presentó á este monarca un memorial pidiendo la supresión de tales fiestas, fundándose en las irreverencias, que so capa de religión se cometían, teniendo ciertamente mucho de profanas y harto poco de sacramentales en la representación.

Buena prueba de ello es un hecho que en apoyo de su pretensión citaba el recurrente, y era que en un *auto* de la vida de Nuestra Señora, los dos farsantes encargados de representar á la Virgen María y al Patriarca San José vivían amancebados, con notorio escándalo, acaeciendo que en el acto del nacimiento, como se imaginara el amante que la dama miraba con sobrada afición á un sujeto de quien él tenía celos, la apodó con una palabra por extremo deshonesto, que fué de todos oída.

Así sufrían menoscabo y se desautorizaban los objetos más santos y las dignidades de la Iglesia con pasajes indecentes; como sucedió en otro *Auto*, en que salían el Papa y los cardenales, quienes oyendo tocar la *Chacona**, olvidando su elevado carácter, se ponían á bailar aquel deshonesto baile.

Otras veces, por el contrario, tomaba el público grosero las ficciones como verdades, y así aconteció en una ocasión en que se representaba una procesión con la custodia, y los asistentes viéndola se postraron, como si aquello no fuese un simulacro.

Pero todas estas cosas no fueron poderosas á que se proscribiese tal espectáculo, ¡tan estrechamente apegado estaba á las costumbres de los españoles! y se necesitó del trascurso de más de un siglo para que, entibiado con el tiempo el ardor popular, pudiese Carlos III prohibirlo definitivamente el 11 de Junio de 1765, de modo que ya no haya vuelto á verse ni en las plazas ni en los teatros.

Porque es de advertir que no contento el público con las representaciones públicas gratuitas, llegaron á verse en los coliseos, en donde se pagaba como en cualquier otro espectáculo.

Millares de personas acudían, y ello es cierto que de lo que menos se acordaban era del sentido místico de la obra, ni, como ya he dicho, los cómicos por su parte ayudaban á que se conservase la ilusión, porque á sus costumbres relajadas y maneras libres, añadíase que vestían con muy poca propiedad; saliendo los vicios y las virtudes, y otros personajes alegóricos, así como los antiguos patriarcas y hasta las personas de la indivisa Trinidad, con grecúescos y jubon acuchillado, y ellas más que medianamente deservueltas, ya en sus trages propios, ya vistiendo los de hombre, entre cuyos papeles se contaba de ordinario el de San Juan, encargado por costumbre á las mujeres.

Tales eran los *Autos Sacramentales*, que un tiempo tanto agradaron, viniendo despues á ser prohibidos y olvidados hoy de todos, á no ser que los recuerden los aficionados á las letras en los que se imprimieron de Calderón.

Los que se han perdido son los innumerables que otros autores, y aun gente sin educación literaria, como artesanos por ejemplo, se atrevían á escribir y se representaban por entonces.

Hoy á duras penas podemos imaginarnos tales fiestas, entonces tan del gusto de los españoles.

JULIO MONREAL.

* La *Chacona* era un baile de movimientos provocativos, que juntamente con la *Zorabanda*, era muy del gusto popular; suponiendo importado de América y fué objeto de la prohibición del Consejo de Castilla.

EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

POR

JOSE FERNANDEZ BREMON.

(Continuación.)

Al concluir de leer estos renglones, Luciano experimentó una sensación de las más desagradables.

—No es posible que Carlota sea la mujer de D. Braulio, dijo con terror: en ese caso ¿cómo le he de pedir razón de su conducta? ¿Cómo me atreveré á mirarle frente á frente? Sería una horrible coincidencia.

Y abriendo un cajón, sacó un legajo en que D. Braulio guardaba sus papeles de familia.

Al ojear algunos documentos, su rostro tomó un aspecto consternado: había visto en una carta la firma de Carlota, y conoció la forma de su letra.

Guardó cuidadosamente los papeles y volvió á mirar el reloj timidamente.

Entonces hubiera deseado que los minutos fuesen años.

—Bien hace el tiempo en ser neutro con los impacientes y los que desearían retrasarlo, dijo Luciano tristemente, al pensar la rápida transición que habían experimentado sus deseos.

Despues esperó con resignación la llegada de don Braulio.

—La devolución de los cuerpos es indispensable: no podemos continuar en un estado tan violento.

Pasó un rato: la puerta se abrió por fin, y D. Braulio entró en el gabinete.

Los dos rivales se contemplaron con recelo y sin saludarse. ¿Para qué? Las fórmulas sociales hubieran sido entre ellos completamente irónicas.

Luciano enseñó á D. Braulio las cartas de Clotilde.

Don Braulio presentó á Luciano una carta de Carlota, concebida en estos términos.

"Luciano:

Acabo de encontrar á mi marido. Despues de seguirme en la calle, me ha anunciado una visita.

La espero temblando.

Aconséjame.

¿Debo exponerme á una entrevista?

CARLOTA."

Hubo un momento de silencio, que ni uno ni otro se atrevían á romper.

Por fin, dijo Luciano con entereza:

—Don Braulio, es Vd. un malvado.

Don Braulio respondió sonriéndose.

—Es inútil que me llame Vd. por ese nombre: el cuerpo deshonrado en que Vd. habita no me pertenece: yo soy Luciano Herrera y sólo entregaré este cuerpo á los gusanos. Prepárese Vd. á ser viejo mientras viva. Yo soy el amante de Clotilde. Usted es el marido de Carlota.

CAPITULO XIII.

ENTRE AMIGOS.

Hubo una tregua momentánea: ambos rivales guardaron silencio, como si no encontrasen palabras para expresar sus sentimientos.

La idea de no poder recuperar su primitiva forma causaba á Luciano verdadero terror, y D. Braulio sonreía de júbilo al notar el efecto que producían sus palabras.

Por fin, el joven, dominando su flaqueza, dijo con acento imperativo.

—Quiero romper el pacto, porque me ahogo en esta cárcel.

—Yo no puedo aceptar el cuerpo que Vd. ha deshonrado y me refugio en el de Vd. para ocultar mi vergüenza.

—¿Don Braulio!

—Hablemos con calma y sin acalorarnos.

—Sea; dijo Luciano conteniéndose y tomando asiento en la butaca.

—Para que continuemos desde hoy en adelante en la situación que voluntariamente aceptamos, tengo dos motivos. Primero: que no me resigno á ser objeto de compasión ó de burla ni á representar en el mundo el papel de marido engañado. Segundó: que amo á Clotilde y no quiero cederla.

Luciano quedó confundido al oír aquellas brutales explicaciones: hizo un supremo esfuerzo para no dejarse llevar de un arrebató, porque conocía su mala posición,

* *Ermita*; así se llamaba la taberna en lengua de germanía.

y porque la costumbre de representar el papel de anciano le había hecho adquirir sobre sí cierto dominio.

—He prometido tener calma y soy fiel á mi promesa, dijo con voz tranquila. Sólo el mal que intencionalmente se causa, merece ser castigado: D. Braulio, si yo hubiera sabido quién era Carlota, no podría en presencia de Vd. alzar los ojos; pero apesar de haberle agraviado, puedo decir por lo extraordinario de mi situación: No le he ofendido á Vd., D. Braulio.

—¿Niega Vd. la evidencia?

—No niego nada, ni es posible. He producido un daño material é impensadamente á un amigo. Estoy en el caso del hombre que cometiese un crimen entre sueños.

—Segun eso, ¿no debo tomar venganza y sí devorar mis resentimientos, porque mi ofensor es un fantasma?

—Eso es lo justo: el castigo de mi falta reside en mí: la generosidad de usted lo haría más cruel y duradero.

—¿Los remordimientos!... No comprendo ese castigo, que cesa cuando el hombre logra ser feliz, y que apenas ocupa lugar entre los males propios cuando el hombre es desgraciado. Por otra parte la generosidad, en vez de ser una cualidad, es un defecto en ciertos casos: el juez que no aplica las leyes y el que da limosnas con caudal ajeno son generosos como lo es el marido que perdona.

—Pues bien: jamás lo hubiera dicho, pero necesito defenderme. Deshonra á un marido el que hace de su virtuosa mujer una culpable. Don Braulio, ¿por qué abandonó Vd. á su mujer si era virtuosa? si no lo era, ¿por qué me pide Vd. cuentas de su honra?

Don Braulio palideció de cólera, y dijo con acento rencoroso.

—¿No sabe usted que puede tener su disculpa y su perdón un extravío, y la reincidencia no los tiene?

—Yo quisiera satisfacer á Vd. y desagraviarle: tengo la más completa voluntad de reparar mi mal; pero no estando en lo humano conseguirlo, ¿qué he de hacer sino pedir perdón del modo más humilde?

—Usted reconoce la justicia de la reparación; pero no puede dármele: es entonces natural que yo la busque.

—¿De qué modo?

—Vengándome: la venganza me satisface y me desarma.

—¿Y se venga Vd. persiguiendo á Clotilde?

—Tiene Vd. un medio de salvarla.

—¿Cuál?

—Cederme el cuerpo para siempre.

—¿No se negaba Vd. á entregarle?

—Y lo cumplo poniéndole á Vd. en esta alternativa.

—¿Y si me opusiese?

—Sufriría Vd. las consecuencias: yo no puedo volver á ser D. Braulio: necesito esconderme de mí mismo: rechazo ese cuerpo.

—¿Puede Vd. acaso desprenderse del alma? ¿No ha de atormentarle la memoria? ¿No le dirá su entendimiento que los triunfos que consiga no son suyos? ¿Dejaré de participar de todo cuanto emprenda Vd. en este mundo?



LAS DOS OLAS.

—¿Acepta Vd. mis proposiciones?

—Las rechazo.

—Pues bien: para que comprenda la trascendencia de su negativa, declaro á Vd. formalmente que no por el placer de vengarme, como Vd. supone, sino por un impulso natural, amo á Clotilde.

—¿Usted amar, D. Braulio? exclamó Luciano con voz desdenosa.

—Acaso no sea amor, si Vd. lo entiende de otro modo. Pero llámese como quiera, Clotilde me fascina, me atrae, me enloquece: yo necesito sus caricias, sus palabras amorosas y sus cartas perfumadas: ese amor fingido y real al mismo tiempo refresca mi alma, me hace revivir y volver materialmente á mis veinte años: viejo seguía siendo bajo esta apariencia de muchacho; pero gracias á Clotilde, rejuvenezco y palpita mi corazón y retoñan en mí aquellos sentimientos. Al lado de esa niña soy

dichoso: cuando oprimo sus manos, parece que arde la sangre de mis venas: qué calor y qué vida me comunican sus miradas.

Don Braulio mentía y observaba con satisfacción á Luciano, cuyas facciones estaban descompuestas.

—Don Braulio, ese amor, esas miradas y esas caricias de que Vd. se envanece, van á mí dirigidas. Usted usurpa mi puesto: está Vd. en el caso del asno de la fábula,

cuando llenó de orgullo creía dirigidos á él los saludos de las gentes á una imagen que conducía sobre las espaldas.

—Acaso tenga usura; pero la ilusión es tan completa, que me dejó llevar en sus alas dulcemente. ¿No cree usted algunas veces ser un hombre de crédito, cuando sus piernas se niegan á dar largos paseos? No siente el alma continuamente la influencia de la materia con que hace vida común? La misma Clotilde ¿establece alguna diferencia real entre el falso y legítimo Luciano?

—Basta, D. Braulio, basta: me declara Vd. la guerra de un modo indigno, aprovechando sus ventajas del momento. Soy noble y no abusaré de las mías causando la desgracia de Adela, que ningún daño me ha hecho; pero procuraré impedir los propósitos de Vd. á toda costa.

La alusión á su hija conmovió á don Braulio, que creía tener á Herrera entre sus manos; pero su rostro permaneció inalterable.

—No divaguemos más: ¿acepta usted el trato?

—No puedo.

—Pues bien: Clotilde por Carlota.

—Trataré de evitar un cambio tan desigual y tan absurdo.

—¿Y si perdiese usted el partido?

—Tomaría el más natural y razonable.

—No adivino.

—Muy fácil: reco-

brar mi cuerpo, casarme con Clotilde y atravesar á usted de una estocada.

—Veo que es Vd. terrible y nuestra mútua union nos obliga á ser amigos, á lo ménos por una temporada.

—¿Amigos?... Seremos aliados.

—¿Nada más?

—Los sentimientos son espontáneos y mi amistad ha concluido: D. Braulio, la lealtad me impide fingir, y me obliga á cumplir lo que prometo.

—Entonces renuncio á mi venganza.

—¿Qué dice Vd.?

—Que estoy vengado.

—Calle Vd., calle Vd.: tenía placer en que fuéramos enemigos por evitarme los gritos de la conciencia: su conducta noble evoca en tropel todos mis remordimientos.

Don Braulio le tendió la mano, y poco despues salía á la calle murmurando:

—Estoy vengado; cuando reflexione á solas, cuando calcule que cedí á su actitud enérgica, dudará de mí y de Clotilde y de todo. ¡Oh! la duda es un peso que no pueden soportar todas las almas.

En aquel momento, Teodoro, que rondaba la calle de su amada, se acercó resueltamente á D. Braulio, exigiéndole el pago de su servicio y el precio del silencio.

Don Braulio estaba de mal humor y su pesada mano cayó sobre el cogote de Teodoro, el cual rodó miserablemente por la acera.

Media hora despues salia Luciano preocupado con estas reflexiones:

—No me fio de don Braulio: acaso le obligaron á ser generoso mi negativa y mis amenazas: necesito tener una conferencia con Clotilde y avisar á su madre si es preciso.

Un jóven con el traje descompuesto se aproximó á Luciano, diciendo que queria confiarle un asunto delicado.

Sin duda Teodoro hizo á Luciano revelaciones imprudentes, porque algunos instantes despues el infeliz amante rodaba por las piedras.

—Estoy por no levantarme, decia Teodoro, tendido á la larga y rodeado de un grupo de curiosos.

CAPITULO XIV.

DON BRAULIO ESTÁ LOCO.

Harto conocia Luciano su difícil situacion y lo absurdo de su visita á la madre de Clotilde, doña Gertrudis Lopez de Cienfuegos, despues del ridículo suceso ocurrido aquella mañana misma; pero se decidió á arrostrar las burlas de que iba á ser víctima indudablemente, con tal de impedir las maquinaciones de D. Braulio.

Halló á la buena señora conversando con un señor anciano al lado de la chimenea, y á Clotilde ocupada en labores de mano junto á un velador sobre el que lucia una gran lámpara.

(Se continuará.)

los monumentos de las edades pasadas, sino el conservarlos, y formar con los que se prestaren al intento selectas colecciones para la ilustracion de la historia patria.—Pero nunca ha sido tan difícil ni ocasionada á tan graves quiebras, como en nuestros dias, esta erudita empresa; porque sobre pedir de suyo gran dosis de abnegacion en el que acopia y colecciona antigüedades, para mostrarse indiferente y aún conceder generoso perdón á las burladoras cuanto osadas agresiones del doble vulgo de ignorantes y semi-doctos, córrese por una parte el riesgo de caer en los lazos que, en nuestro suelo, empiezan ya á tender á los aficionados muy ingeniosos

bles cuanto son mayores la actividad y los medios pecuniarios que las fomentan y realizan, parecen á todas luces dignos de alabanza, tanto el noble y perseverante celo de nuestros coleccionistas como el generoso desprendimiento que tan á menudo ejercitan en sus ya nada felices adquisiciones.

II.

Notables han sido en verdad las últimamente verificadas por el académico numerario de San Fernando, don Nicolás Gato de Lema, dueño ya de muy escogido gabinete de objetos arqueológicos y artísticos. Dotado el señor Gato de conocimientos nada vulgares en el ejercicio de la pintura, conocedor de la historia de las artes, y animado sobre todo de un amor sin límites por todo lo útil y lo bello, ha logrado en efecto reunir tantas y tales joyas de arte y de antigüedad, que no sin razon puede ser considerado su referido gabinete como un selecto, aunque pequeño museo. Desde los monumentos apellidados prehistóricos hasta los más raros productos de la industria del pasado siglo; desde las rudas hachas celtibéricas hasta las dagas afligranadas de Felipe III y los cincelados cuchillos de Fernando VI; desde los grabados en piedras finas y los camafeos greco-romanos hasta los sellos señoriales y los bellos repujados del siglo de Leon X; desde los dípticos y trípticos esmaltados de las centurias x.^a y xi.^a hasta las delicadas tablas del Renacimiento, todo ha sido visto y allegado por el inteligente académico con igual predileccion y buen gusto, dando á su coleccion extraordinaria variedad y encanto.

A esta peregrina riqueza, fruto de larga perseverancia y de no insignificantes sacrificios, acaba de añadir el señor Gato de Lema varios objetos artísticos y arqueológicos, firme en el doble propósito que le



MODAS.

REVISTA MONUMENTAL Y ARQUEOLOGICA.

I. Dificultades del estudio y adquisicion de los objetos arqueológicos.—II. Adquisiciones hechas por los aficionados: gabinetes de antigüedades y objetos de arte de Madrid.—III. Nuevas colecciones trasladadas á esta capital.—IV. Gabinete epigráfico en Cangas de Onís y Memoria arqueológica sobre la inscripcion de D. Favila.—V. Excavaciones en la antigua Lancia y descubrimiento de una construccion mudejar en Leon.—VI. Descubrimientos arqueológicos en la provincia de Palencia.—VII. Hallazgo y adquisicion de un jarro árabe en Barcelona.—VIII. La casa del Arcediano y el Templo gentilicio de dicha capital.—IX. Monumentos inéditos de arquitectura en España, por el arquitecto de la corona de Hungría señor Schulz.

I.

Nuevos hechos, de no escasa significacion, han venido á demostrar la exactitud de las principales observaciones que expusimos en la anterior revista, sobre el consolador espectáculo que en toda España presentan los cultivadores de la ciencia arqueológica, en medio de la angustiosa incertidumbre y malestar que nos rodean. Siempre ha debido considerarse como empeño loable y meritorio el procurar con solicitud inteligente, y no sin personales sacrificios, no ya sólo evitar la ruina de

falsificadores de objetos arqueológicos, mientras son muy frecuentes por otra los conflictos en que los ponen la competencia de entendidos extranjeros, diputados por hombres poderosos, ó por bien dotados museos, para hacer en nuestro país este linage de cosecha.

Mucho ha crecido semejante peligro, que se inició con la supresion de monasterios y conventos respecto de las bellas artes, desde el famoso hallazgo de las coronas visigodas verificado en las Hue-tas de Guarrazar en 1858. La rara magnificencia de aquel peregrino tesoro y su importancia histórico-artística, despertando la atencion de los más renombrados arqueólogos de allende los Pirineos, quienes admiraron las expresadas coronas en el Hotel Cluny, mostraron una vez más que era el suelo español depositario de ambicionadas riquezas de antigüedad y de arte, y que no estaba cerrado por cierto á la explotacion de los extraños.—Pululan desde entónces los comisionados en las antiguas ciudades españolas; invaden con frecuencia hasta las últimas aldeas, y, sorprendiendo aquí y allí la crédula ignorancia, haciendo instrumento de sus no plausibles fines á la ciega codicia, restitúyense luego cargados de preciosidades á sus respectivos países, aminorándose así de cada dia nuestros esparcidos tesoros arqueológicos. Dadas pues estas infatigables pesquisas y colectas, tanto más temi-

ha guiado sin tregua al formar su escogido museo. Tales son, entre otros, una bellísima tabla del Renacimiento y dos grandes ánforas romanas.

Describir la indicada tabla con el detenimiento necesario para darla á conocer y quilatar debidamente su grande mérito, seria tal vez trabajo impropio de una revista del carácter de la presente y que nos pediria mayor espacio del que para toda ella disponemos. Basta saber á los inteligentes que es, en nuestro juicio, una muy delicada repeticion de la bellísima tabla que posee el Museo del Prado, debida á Juan Gossart, más generalmente conocido por Juan de Mabuse ó el Mabusio, y que representa por tanto á la Madre de Dios con su hijo infante en el regazo; grupo amoroso y encantador, que se muestra ante un gracioso pórtico del Renacimiento.—Y decimos que es muy delicada repeticion, considerándola obra original, porque abundan en ella las variantes, que á veces mejoran la tabla citada del Museo, tan conocida como admirada en el mundo artístico, refiriéndose aquellas no sólo á la parte arquitectónica, sino también á las figuras.—¿Cómo pudo esta rarísima presea de la pintura flamenca venir á España? ¿Quién la trajo?—De la tabla existente en el Museo se ha dicho y se ha escrito que fué regalada en ocasion solemne por la ciudad de Lovaina (Louvain) á Felipe II: de la tabla,

que hoy posee el Sr. Gato de Lema sólo se sabe que perteneció de antiguo á una familia vecindada en el Escorial de Abajo, y que habiendo caído en manos tan imperitas cual menesterosas, hallábase á punto de pasar tal vez al extranjero, cuando logró el entendido académico adquirirla.—Al Sr. Gato, como tan iniciado en la historia de la pintura y tan interesado en la ilustración de su muy precioso hallazgo, toca, pues, el poner en claro el camino que anduvo dicha tabla hasta llegar á su gabinete artístico-arqueológico.

No ofrecen la misma dificultad las ánforas citadas arriba. Proviene ambas de la antigua Bética, pues que han sido descubiertas la primera en la ciudad de Córdoba, y en el castillo de Ansur, próximo á Puente-Genil, de la misma provincia, la segunda. Una y otra merecen la estimación de los arqueólogos, por la forma general que afectan, desenvolviéndose ésta en sentido inverso á la que ostentan las comunmente conocidas. La hallada en la villeta del castillo de Ansur presenta el doble interés de llevar á poca distancia de una de sus asas la marca del alfarero que hubo de fabricarla, reducida á las siguientes cifras: A. R. S., que damos en el grabado á la mitad del natural.—Son casi iguales en su tamaño, pues que la marca tiene 1^m 4 de alto en todo lo existente y la adquirida en Córdoba sube á 1^m 5, áun rota la cuja: están hechas de barro harto claro y perfectamente batido, y por no ser muy frecuente la forma que presentan, merecen dignas de figurar en la presente revista, lo cual podemos realizar, merced al favor del Sr. Gato de Lema. Su benevolencia se ha extremado al punto de consentir que añadamos otra ánfora de su colección, hallada en la provincia de Cáceres, para que nuestros lectores puedan tener término de comparación inmediato; y porque nada tuviéramos que desear, nos ha hecho al cabo la fineza de los diseños, que son de su mano.

III.

Adquisición notable ha sido también para Madrid, en orden á antigüedades, la traslación de las colecciones que formaba en Córdoba el académico correspondiente de la Historia D. Luis Maraver, nombre que conocen ya los lectores.—Este afortunado investigador, que tiene en España muy pocos rivales respecto de su celo y su actividad en bien de los estudios arqueológicos, después de haber enriquecido el naciente Museo de antigüedades de la indicada provincia, merced á las repetidas exploraciones y excavaciones llevadas á cabo en Cerro-Muriano, Almedinilla, Fuente Tójar, Montoro, Córdoba, etc., se ha visto forzado á abandonar aquel su predilecto establecimiento, para atender en esta capital á la educación de sus hijos.—Con su familia y sus libros ha traído, pues, á Madrid todos los objetos arqueológicos de su pertenencia, considerándolos cariñosamente como sus propios penates.

No forman, sin embargo, las antigüedades allegadas por el Sr. Maraver tan numeroso y vario gabinete como el ya memorado del Sr. Lema. Compuesta en su mayor parte de objetos pertenecientes á la edad clásica, excita esta colección puramente cordobesa la atención y despertar la curiosidad, ya por la grande antigüedad que algunos ejemplares revelan, ya por la rareza de otros. Posee el Sr. Maraver hachas ó instrumentos de piedra pertenecientes á las edades primitivas; armas y utensilios de cobre y bronce propios de la céltica; vasos de barro, tal vez de la fenicia; armas de hierro, que recuerdan la famosa *machera hispana*, tan terrible á los soldados de Roma en los primeros tiempos de su agresión en la Península Ibérica y áun en la época misma de César; cuchillos españoles (*gladii hispani*) y sacrificatorios; hierros de lanzas y de frameas, ya del tiempo de la República, ya del Imperio; y otros no menos estimables útiles de la guerra, ó propios de los caballeros, tales como *glándes*, puntas de flechas (*sagittas*), espuelas (*calcares*), broches de cíngulos ó balteos, fibulas varoniles, etc.—Figuran asimismo en su colección crecido número de amuletos paganos, urnas cinericias de diversas formas, vasos escarios y potatorios, utensilios culinarios, vasos ungüentarios, lacrimatorios y olfatorios (*olfactoriola*), cucharillas de incienso (*coelhearia sacra*), agujas del pelo, ya de oro ya de marfil (*erinariae acus*), fibulas femeniles, *destras* y *torques* de plata y cobre, pendientes (*inaures*) y collares (*monilia*), así de oro como de pastas vítreas y piedras preciosas: anillos (*annuli*) y otros diferentes objetos de la antigua indumentaria.—Ni son menos apreciables los peregrinos ex-votos de barro y de bronce, que el Sr. Maraver ha tenido la suerte de reunir en su colección, á que se agregan por último algunas joyas y otros objetos de la civilización y del arte arábigo.

Los gabinetes arqueológicos que en Madrid poseen los

adeptos á esta útilísima ciencia han recibido, pues, un notable refuerzo con la venida del Sr. Maraver: su ausencia de la renombrada ciudad de los Califas, sin hacer agravio á los dignos miembros de la Comisión provincial de monumentos, puede en cambio considerarse como una verdadera pérdida para aquel Museo de antigüedades.

IV.

Y algo de esto sucede también á la provincia de Oviedo con el establecimiento en Madrid del Sr. D. Antonio Cortés y Llanos, uno de los más afortunados colectores, si no el primero, de Asturias, sobre todo en monumentos epigráficos. Como el Sr. Maraver, se había distinguido el Sr. Cortés entre los donadores de objetos al Museo Arqueológico Nacional: del numeroso gabinete que tiene en su casa de Cangas de Onís remitió en efecto há dos años algunas rarísimas lápidas y tras de ellas una muy notable pila baptismal de estilo románico, obra del siglo XII. Hoy, cediendo al entusiasmo que le inspiran los estudios arqueológicos, si no se dispone á trasladar á esta capital su ya indicado gabinete epigráfico, ensaya sus conocimientos y su notoria perspicuidad en útiles disquisiciones arqueológicas, relativas al monumental suelo de Asturias.

Curiosa por extremo es en efecto la Memoria que, bajo el título de *Observaciones sobre la inscripción de Don Favila en la basílica de Santa Cruz de Cangas de Onís*, ha dirigido á la Real Academia de la Historia.—Habían publicado sucesivamente esta lápida Morales, Carvallo, Masdeu, Florez, Risco y Jovellanos, reproduciéndola en nuestros días Caveda, Cuadrado, Escandón y Rada, no sin que nosotros la tuviéramos presente en nuestra *Historia crítica de la literatura española*, cual peregrino y eficaz monumento del origen de las rimas en la poesía eclesiástica de la Edad Media. Á la verdad, había tenido esta inscripción, primera de cuantas conocemos de la *Reconquista*, la singular desgracia de aparecer constantemente plagada de errores, originarios sin duda de la primera copia: unos habían sido sin embargo rectificadas en las impresiones del último siglo por la docta iniciativa de Jovellanos; otros tomaban en cambio mayor bulto, llegando á nuestras manos en tal manera que era imposible vencer las dificultades que de suyo ofrecía la interpretación de tan estimado documento de la monarquía asturiana. Todas estas dudas han desaparecido afortunadamente ante la pacientísima observación del Sr. Cortés, no sin el auxilio de un exacto calco sacado por el Sr. D. Pedro Perez de la Sala, y de una esmerada copia artística, debida al individuo correspondiente de la Academia de la Historia, D. Roberto Frassinelli, concienzudo é inteligentísimo dibujante. Con estos auxilios, de que no dispusieron los historiadores y anticuarios citados arriba, ha podido, pues, leer el Sr. Llanos la citada inscripción del siguiente modo:

RESURGIT EX PRECEPTIS DIVINIS ILLIC MACINA SACRA,
OPERE EXIGUO COMTUS FIDELIBUS VOTIS.
PERSPICUE CLARRAT (H)OC TEMPLUM OBTUTIBUS SACRIS,
DEMONSTRANS FIGURALITER SIGNACULUM ALME CRUCIS.
SIT XPO. PLACENS HAEC AULA, SUB CRUCIS TROPHEO SACRATA,
QUAM FAMULUS FAPEILA SIC CONDIDIT FIDE PRONTA,
CUM PROLIUBA CONYUGE, AC SUORUM PROLIUM PIGNORA NATA,
QUIBUS, XPI, TUIS MUNERIBUS PRO HOC SIT GRATIA PLENA
AC POST (H)UIUS VITAE DECURSUM PERVENIAT MISERICORDIA LARGA.
HIC, VATE ASTERIO, SACRATA SUNT ALTARIA CHRISTO,
SECVLI AETATE PORRECTA PER ORDINEM SEXTA,
CURRENTE ERA SEPTINGENTESSIMA SEPTUAGESIMA QUINTAQUE
SEPTUAGESIMA SEPTIMA.

Como es fácil discernir, las principales variantes que resultan de esta lección, comparada con la de Morales y los que le siguieron, se refiere principalmente al verso ó línea décima, en que en vez de las voces VATE ASTERIO, se había leído siempre VALEAS KIRIO, dicciones ambas absurdas é inconexas, y á la fecha final que se refiere al año 775, y no al 777, como después de Morales siguieron escribiendo Masdeu, Florez, etc. El Sr. Cortés promueve otras muy eruditas disquisiciones sobre las fechas contenidas en los versos once y doce, bien que sin resolverlas tan satisfactoriamente como sin duda deseaba; y noticioso de que la basílica de Santa Cruz fué construida sobre un *dólmen* celta, expone varias hipótesis respecto del mismo, las cuales son por cierto muy ingeniosas. Tal es, por ejemplo, la de suponer que, siendo el ejército de Pelayo, fundador de la monarquía asturiana, compuesto en su mayor parte de los naturales de aquel país, que eran de raza celtibérica, debieron solemnizar éstos, según costumbre de sus mayores, la victoria alcanzada en el campo de Contraquil (nombre que se trocó por el de Santa Cruz), erigiendo allí un montículo y en el centro un *dólmen*. El Sr. Cortés anhela ver confirmada su hipótesis por nuevas y bien dirigidas excavaciones realizadas en el interior de la pri-

mitiva basílica; y en verdad que la Comisión provincial de monumentos de Oviedo haría un servicio á la historia nacional, secundando este plausible intento.

(Se concluirá).

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

LAS DOS OLAS.

No hace muchos días que entré en el estudio de mi amigo Casado á tiempo que daba los últimos toques á un lienzo cuyo asunto llamó mi atención. Y digo asunto, porque áun cuando visto á la ligera podría decirse que en rigor carecía de él; toda vez que era sólo un retrato, el sexo, la edad y la hermosura del tipo, junto al carácter y la grandeza del fondo, formaban cierto contraste y armonía particular, de la que brotaba una idea. ¿Y qué más debe pedirse para asunto de una obra de arte?

La mejor muestra de cortesía que puede darnos un pintor cuando se entra en su estudio, es seguir pintando. Dejar la paleta y los pinceles, equivale á decir al recién venido: "Acabe Vd. pronto, porque tengo que continuar".

Casado prosiguió, pues, trabajando á mi llegada; yo comencé á fumar, y como ninguna de las dos operaciones, particularmente la mia, estorba el hablar aunque á retazos, charlamos un poco de todo, hasta venir á dar en la frase que de algun tiempo á esta parte es el eterno estribillo de mis conversaciones, siempre que acierto á encontrarme con un escritor ó artista amigo: ¿Cuándo nos da Vd. algo para LA ILUSTRACION DE MADRID?

—Cuando Vd. quiera, me respondió Casado; pero ya ve Vd., ahora no tengo nada... es decir, nada apropiado.

—¡A propósito!... Para un periódico del género del nuestro es, todo lo que tenga algun carácter artístico ó en algun modo pueda interesar al público... por ejemplo, ese retrato... ¿por qué no nos da Vd. el dibujo?

—¡De este retrato!... ¡El retrato de una niña de cuatro ó cinco años... adorada, es cierto, de sus padres y su familia,—muy conocida... de su aya y en los círculos que juegan al *alimon* en el parterre del Buen Retiro y en la fuente de las Cuatro Estaciones! ¿Y ¿qué pondríamos debajo de la lámina? Porque lo primero que necesita un grabado, como un libro ó una comedia, es un título: ¿pondríamos *Retrato de la sobrina del autor*? ¿Estaria chistoso! En el retrato de una persona sin importancia para la generalidad sólo puede apreciarse el parecido ó las condiciones de ejecución... lo primero es grave asunto sólo para la familia; de la ejecución y el color, ¿qué puede quedar en las columnas del periódico?

—¡Es decir, objeté yo, que Vd. cree que un retrato... este que tenemos delante, no es más que una fotografía iluminada... y el arte no va más allá?

—Nada menos que eso...; ciertamente, el cariño que me inspiraba el modelo, la ternura de que es objeto para mí y los míos, algo particular que habia en la atmósfera que lo rodeaba cuando manché la tela en la playa de Biarritz teniendo el mar Cantábrico por fondo, aquel mar cuyas olas vienen de tan lejos—acáso de las remotas playas en que ella ha nacido... ¿qué sé yo? una porción de cosas que pude sentir entonces y recuerdo ahora, contribuyen á que este retrato tenga algo especial para mí, algo semejante al eco de una idea confusa que nada determina, y á la que no obstante responden vibraciones lejanas de vagos sentimientos... tal vez de gozo... quizás de tristeza... pero esto, ¿quién más que yo puede sentirlo?

—¡Vamos, ya pareció aquello!... Hay *algo* en esa figura, *algo* en ese fondo... ¿Y Vd. cree que cuando tiembla ligeramente la mano del artista poseído de una idea ó de un sentimiento, no deja el pincel un rastro propio, no acusan las líneas algo particular, algo impalpable, indefinible, pero que permanece palpitando allí como la estela de perfume y luz que deja tras sí una divinidad después que ha desaparecido, algo que nos dice "por aquí ha pasado la inspiración?"

—Creo, en efecto, que puede suceder así; pero es cuando el artista se refiere á cosas de más importancia, á impresiones más hondas, á ideas más generales y que pueden encontrar eco en todos.

—¿Y quiere Vd. nada más general que las ideas que despierta esa figura? Habla Vd. del parecido: yo no sé si se parece al original; pero es hermosa, y basta: seguramente se parece á alguien; y no ya á esta ó aquella persona que á mí, espectador indiferente, me importan un ardite; se parece á ese ideal de belleza, del cual todos tenemos el tipo y el severo cánón en el alma. ¿Hay nada

que sea manantial de ideas y sentimientos más inagotable que lo simplemente bello? Digo simplemente bello, digo mal, lo que es bello lo es todo á la vez. Cuando miro el retrato de una mujer hermosa hecho por Vandik, nunca pregunto ¿guardará semejanza con el original? ¿Qué me importa? Es semejante á esas mujeres que no he visto, pero que he soñado, y ya me recuerdan una imagen querida.

—Partiendo de esa base...

—Es indestructible; me apresuré á añadir, atajándole el camino á fin de que no la destruyese, lo cual, despues de todo, no hubiera sido completamente difícil; luego continué:

—Y si consideramos la cuestión bajo otro aspecto, la silueta de una mujer que se destaca ligera y graciosa sobre la sábana de espuma del mar y el dilatado horizonte del cielo, ¿qué sentimientos no despierta? ¿Cuánta poesía no tiene? Una inmensidad que apenas basta á reflejar la otra, y suspendidos entre ellos algo más pequeño y más grande á la vez, dos ojos de mirada dulce y profunda, en cuyo fondo cabe la copia de los dos que allí se encienden y abrillantan no ya con reflejos de sol, sino con relámpagos de ideas... Las relaciones entre la mujer y la mar son infinitas. *Hermosa como el cielo, amarga como la muerte!* dijo el profeta de la mujer, y ¿quién no podrá decir lo mismo de la mar? *¡Pérfida como el onda!* añadió más tarde el gran trágico inglés...

—No está eso mal hilado, interrumpió el artista sonriéndose y cortándome el vuelo cuando ya comenzaba á remontarme; y aún me parecería mejor si se tratara, en efecto, de una mujer en cuyos ojos hay abismos y en cuyo corazón pueden presumirse tempestades; pero... ¡una niña de tres á cuatro años!

—¿Una niña! ¿Y qué importa eso? proseguí volviendo á la carga sin desconcertarme; en la simiente está la flor con sus tallos flexibles, su follaje de verdura, su cáliz lleno de miel y sus pétalos irizados! En la niña está la mujer, porque está su espíritu. Por ventura al desenvolverse su organismo, ¿se escapa uno y le infunden otro? No: el alma está allí, la misma que ha de arrostrar tantos combates y estremecerse al contacto de tantas pasiones. Y despues de todo, la niña, ¿qué es más que la ola que se levanta?... Allá en el fondo, junto á la arena blanca, surge una ola imperceptible, suspira apenas, como suspira la seda, y parece el ligero pliegue de una tela azul; esa ola que nace ahí se la puede seguir con la mirada al través del Océano, porque no se deshace, no; sube y baja para volverse á levantar más lejos herida del sol, coronada de espuma y cantando un himno sonoro... Pero, es la misma; la misma que más allá aún, salta y se rompe en polvo menudo y brillante contra las rocas, por cuyos flancos trepa rabiosa como una culebra que silba y se retuerce: la misma que cansada de luchar cae sombría y se lanza gimiendo al través de la inmensidad de las aguas para ir á morir... ¿quién sabe? ¡Tal vez á una playa desierta... á ahogar el último grito de dolor de un naufrago!... Y en este mar de la humanidad, ¿qué es el niño sino la ola que se levanta cantando, para ir al fin á estrellarse contra la piedra del sepulcro, como contra la roca de la misteriosa playa de un país desconocido?...

—Pero, ¿por Dios! ¿Todo eso se ve en mi cuadro? No, hombre, no: acaso lo verá Vd... ó creará que lo ve, que es lo más probable...; pero los demás encontrarán aquí una muñeca grande que juega con un muñeco chico, *et pas plus.*

—¿Un muñeco! Exclamé entonces fijándome en el lienzo, objeto de nuestra conversacion; y en efecto, vi cómo la niña, que tenía la mirada alta, serena, dulce y al par dominadora, traía colgado de un brazo y en una postura descoyuntada, risible y lastimosa á la vez, un muñeco, una especie de polichinela, del que no hacía más caso que el suficiente para no dejarlo escapar de entre sus pequeñas garras de terciopelo rosa.

La observación comenzó por desconcertarme un poco; pero yo estaba decidido á obtener el dibujo.

—Verdad es que tiene ahí un muñeco en el cual no me había fijado, repuse articulando lentamente estas palabras, mientras revolvia con velocidad increíble la imaginación buscando nuevos argumentos para mi tesis; pero... añadí al cabo con cierto aire de triunfo, ese muñeco mismo puede ser tema fecundo, no ya de divagaciones poéticas, sino de las más altas especulaciones filosóficas. Ahí está la mujer toda. Hasta se ha hecho una frase de la idea que representa el cuadro: "el hombre es juguete de la mujer", y es verdad; pobres polichinelas, el mundo parece estrecho á nuestras ambiciones: este es un héroe, aquel un genio, el de más allá un gran corazón ó un gran carácter: uno perora, otro pelea; el de acá pinta, el de acullá escribe; todos nos agitamos, y luchamos y algunos vencemos, hasta que aparece al fin la mujer, esa

mujer que hay ó debe haber en el mundo, la sola capaz de hacerse dueña de cada hombre, y ceñidos de nuestros laureles, cubiertos aún de polvo de la lucha; nos agarra por cualquier parte y nos lleva tras sí como esa niña lleva el muñeco, sin que nos quede otro recurso sino pedirle á Dios que la postura no sea del todo ridícula ó traiga un descoyuntamiento demasiado grave.

—Vamos, ya eso va estando más al alcance de la generalidad, aunque así y todo, dudo mucho que se comprenda á primera vista.

—A los hombres se les ocurrirá desde luego.

—¿Y las mujeres?...

—¿Las mujeres? Las madres ven siempre con delicia otros niños; á unas les recuerdan los ángeles que perdieron; otras suspiran por el que aguardan; las más besan el que tienen sobre el regazo, y le muestran aquella imagen simpática trazada sobre el papel.

—Esas dulces sensaciones responderán mejor al artista, proponiéndose despertarlas, merced á un asunto que no guarde tan escondido el pensamiento.

Casado se defendía huyendo como los parthos; pero se defendía.

Yo me aventuré á cambiar rápidamente el plan de operaciones aventurando el último ataque.

—Convenimos en que Vd. me dará con gusto un dibujo cualquiera para LA ILUSTRACION DE MADRID; pues bien, yo deseo que sea éste... ya no hay cuestión de poesía y sentimiento... se acabaron las divagaciones filosóficas y los discursos elevados; si es modestia la de usted, ya no tiene excusa... en nuestro periódico ocupan lugar las modas... esta niña es distinguida y guapa, su traje es al par elegante y sencillo... Déme Vd. la copia á título de figurin.

—Casado rompió á reír y me dijo: vaya por figurin... que me envíen la madera y esta semana tendrá Vd. el dibujo.

.....

El artista ha cumplido su palabra, y en las columnas de LA ILUSTRACION habrán visto ya nuestros habituales lectores el dibujo que hemos bautizado con el título de *Las dos olas.*

Con cualquiera de los temas que tocamos en nuestra rápida conversacion, pudo hacerse un artículo que lo acompañase. A mí, sin embargo, me ha parecido más conveniente, y sobre todo más cómodo, trasladar íntegro el diálogo que antecede, para que el lector escoja el que guste.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

OCTAVA DEL CORPUS EN SEVILLA.

LOS SEISES DE LA IGLESIA CATEDRAL.

La ciudad de Sevilla se ha hecho justamente célebre por el fausto y la grandeza con que solemniza las festividades religiosas. Ya en el siglo XVI la llamaba el autor del Quijote *Roma triunfante en ánimo y riqueza*, y posteriormente la han confirmado digna émula de la capital del orbe católico cuantos han tenido ocasión de asistir á alguna de sus fiestas clásicas. Entre éstas, han sido objeto preferente de alabanza, así de propios como extraños, las cofradías y oficios de la *Semaná Santa*; pero en nuestro juicio tiene más carácter y responde mejor á las costumbres de sus habitantes y á la fisonomía especial de la población la festividad del Corpus; toda luz, flores, perfumes y galas en las calles; toda majestad, riqueza y armonías en el templo.

Aun cuando indudablemente ofrecería gran interés, no entra hoy en nuestro ánimo ocuparnos detenidamente de todos los pormenores de sus ceremonias, sino fijarnos en uno de sus más curiosos detalles, apuntando ligeramente algo de los famosos bailes de los *seises*, cuyos ricos trajes, graciosas contradanzas y concertadas voces, maravillan y suspenden á cuantos asisten á la Octava.

Que estos bailes son recuerdo de las características contradanzas y representaciones que en lo antiguo tuvieron lugar en los templos como parte del culto católico, bien claro se ve á poco que se estudien. Sin embargo, cuando se creó este coro de cantores especiales, conocidos en otra época con el nombre de *los niños cantorcillos*, no puede decirse, aunque sí que se remonta á muy lejana fecha, toda vez que en documentos pertenecientes al siglo XV se habla ya de ellos como de cosa establecida.

Varias veces los prelados han creído poco conveniente á la majestad del culto las danzas de los *seises*, dándose ocasión á diversas cuestiones con el capítulo. Es fama

que para ultimar una de ellas, pendiente de la resolución del Pontífice, el cabildo envió á Roma los *cantorcos* acompañados de su maestro, á fin de que en presencia del que había de ser juez de la causa ejecutasen el baile objeto de la censura arzobispal. Bailaron los *seises* tañendo las castañuelas de marfil y entonando sus armoniosos coros, y de tal modo lo hicieron, que prendado el Pontífice de la majestad y compostura de la danza y el agradable concierto de las voces, no sólo dispuso continuaran como hasta allí, sino que confirmó nuevamente el privilegio que gozan aún de bailar con la cabeza cubierta por el sombrero delante del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Mejor que con las palabras, damos una idea á nuestros lectores del tipo de los *seises* de la catedral de Sevilla en el dibujo que con este título ofrecemos hoy en las páginas de nuestro periódico.

B.

MADRID MODERNO.

TECHO PINTADO POR EL SEÑOR VALLEJO

CON ORNAMENTACION DE LOS SRES. FERRY Y BUSATO

EN EL NUEVO CAFÉ DE FORNOS.

El arte recibe siempre vida de su íntimo consorcio con los hábitos y las ideas del período que atraviesa. En otras épocas recibió aliento y se adaptó á la forma de la sociedad en que había nacido, y se desarrollaba traduciendo los símbolos cristianos, prestando su magia al ostentoso culto católico, ó enriqueciendo las severas estancias de los reyes y los magnates. Al desvanecerse aquella sociedad, que estribaba en círculos gerárquicos, al debilitarse en cierto modo la fé religiosa, al ménos en cuanto se refiere al culto externo, el arte entró en un período difícil del cual todavía no ha salido por completo, aun cuando se ve el camino que ha de conducirle á otra manera de sér. En efecto: si bien sustrayéndose en cierto modo á las severas reglas estéticas á que un tiempo vivió sujeto, se observa en él la tendencia á generalizarse apoderándose de la industria, multiplicando hasta el infinito los objetos que produce, y descendiendo de la olímpica altura en que se mecía para filtrarse por todas las clases de la sociedad, á las cuales lleva como un impulso regenerador las nociones del buen gusto y la aspiración á lo bello. Hasta que esta revolución no se realice del todo, el arte moderno no habrá encontrado su verdadera fórmula.

El dibujo que ofrecemos hoy del notable trabajo, obra de nuestro querido compañero y amigo el Sr. Vallejo, es una palpable muestra de lo que en este camino se ha adelantado en España. La elegancia de la composición, lo correcto de las formas, el gusto y la sencillez con que el autor ha sabido interpretar el pensamiento que preside á este cuadro, lo clasifican á primera vista entre las producciones que satisfacen las más delicadas exigencias; sin embargo, esta obra no va á realzar con sus contornos y colores la soberbia cúpula de un templo ni el pórtico de un palacio: su destino es más modesto, más popular; completa, ó mejor dicho, es el punto de partida de la ornamentación de un café público.

¿Cómo se ha operado esta transformación en el país clásico del arte oficial, del arte conservado al calor de los poderosos ó las corporaciones? Vamos á echar una rápida ojeada sobre la historia de los cafés públicos en Madrid, y el fenómeno quedará explicado.

El café descende en línea recta de la botillería. ¿Quién no recuerda el carácter y la fisonomía de estos establecimientos tradicionales, en que sólo se hacía café para algún que otro raro aficionado, y se servían sorbetes en determinadas estaciones? La botillería era un lugar de paso: alguna manola invitada por un majo de los que reprodujo Goya solían entrar á refrescar despues de la corrida de toros en que habían admirado á Pepe-Hillo; algún politicon rancio, ó tal cual poeta confectionador de ovillos, entraban á leer el *Mercurio* ó á departir acerca del mérito de las novedades teatrales ántes de ir al corral de las comedias. Las personas algo encopetadas se hacían llevar á sus casas las bebidas las noches de sarao, y la multitud no había adquirido la costumbre de pernoctar en los cafés. El mobiliario y el fondo de la botillería se armonizaba con sus concurrentes, como el fondo de un buen cuadro con las figuras que lo componen.

El cambio de sistema de gobierno trajo una revolución en las costumbres. La vida se hizo más exterior, nació la política, la multitud tomó parte en sus luchas



BANDIDOS QUE SECUESTRARON Á LOS SEÑORES BONELL Y QUE HAN SIDO MUERTOS POR LA GUARDIA CIVIL (DE FOTOGRAFÍA).

y como no era posible la vida del foro á semejanza de Roma, surgió espontáneamente el café sucursal afortunado de la plaza pública. La fama de Pombo y Lorenzini se remonta á esta época.

Más tarde fué creciendo el anhelo de sociabilidad; de esa sociabilidad cómoda y barata que se realiza en estos establecimientos, y comenzaron á multiplicarse, y el espíritu de especulación se fijó en el negocio. Los veladores de mármol sustituyen á las mesas de pino; el gas al aceite; las cortinillas de india dejan sitio á los grandes portieres; donde estaba el reloj de cuco y figuras de movimiento campea una esfera magnífica; el lujo no se detiene y llega á la prodigalidad; se multiplican las luces, se agrandan hasta la exageración los espejos, el oro casi en profusión lastimosa chispea por todas partes, unos tratando de sobrepasar á los otros, llegan al límite extremo, porque no cabe ya más en esa senda de riqueza sobrecargada y de dudoso gusto. La multitud sigue con interés estas evoluciones; hoy admira un café nuevo, mañana celebra otro; pero de día en día son mayores sus exigencias. En este punto lo que comenzó por necesidad vulgar de comodidades y ostentación, se convierte en exigencia de un gusto más delicado. El Café de Madrid fué un paso dado en este camino; pero la diversidad de artistas que en su decoración tomaron parte y la falta de unidad en el conjunto, hacen que aquella tentativa fuese más digna de alabanza por la intención que por el resultado.

Ultimamente, al tratar de construir un café y restaurant nuevos en la magnífica casa que ocupa el solar de las Vallecas, sus dueños han conseguido superar cuanto hasta aquí se ha hecho, uniendo al lujo material de la decoración ese refinamiento de lo rico, que sólo puede conseguirse merced al arte que á todo presta un valor sin límites. Para conseguir este resultado, se ha valido de artistas tan distinguidos como el Sr. Vallejo y los señores Ferry y Busato, de quienes ya hemos tenido ocasión de ocuparnos con motivo de trabajos semejantes. Saliéndose del camino trillado en este género de obras, el señor Vallejo ha encontrado con rara fortuna la fórmula de llenar todas las condiciones de la pintura decorativa, tratando asuntos apropiados al destino del local. Los cuatro cuadros principales y el círculo que lo adornan, en los que se desenvuelven con claridad, merced á bien pensados grupos de figuras, las alegorías de *el té*, *el café*, *el chocolate*, *los licores* y *los helados*, serian siempre verdadero motivo de alabanza por el esfuerzo de originalidad é ingenio que supone armonizar felizmente ideas tan vulgares con formas y efectos artísticos, si ya por la maestría de las composiciones, la pureza de los contornos y la frescura del colorido, no fueran todos ellos verdaderas obras de arte dignas del nombre de su autor, que aún en éstos, para él fáciles trabajos, deja siempre marcada la huella del talento.

La elegantísima ornamentación estilo de Luis XV que completa el decorado de los salones y en la cual sobre

fondo blanco con filetes, florones y molduras de oro lucen caprichosas grecas, cuadros de paisaje, pájaros y flores vistosas, está en perfecta armonía con la distinción y elegancia que reinan hasta en los menores detalles y constituyen un trabajo que honra á sus autores los señores Ferry y Busato, verdaderas especialidades en este género.

Por el grabado á que damos lugar en las columnas de LA ILUSTRACION DE MADRID, copia de la alegoría de *el té*, una de las más elegantes y acertadas, formarán idea nuestros lectores de una obra cuyo conjunto sólo podrá juzgarse con acierto cuando en el próximo mes se abran al público los salones del nuevo *Café de Fornos*.

B.

MODAS.

Nuestro grabado representa un traje para señora joven, y otro para señorita, de pocas pretensiones y muy buen gusto.

El primero es de foulard de color crudo, que es el matiz que más favor disfruta hoy, y está confeccionado como sigue:

Falda redonda, guarnecida de un ancho volante cortado al hilo y puesto fruncido, sin demasia: este volante, que llega hasta la rodilla, termina en una cabezuela bastante ancha, fruncida igualmente y puesta hacia arriba.

Delantal de la tela del vestido, que cae sobre el paño de delante solamente, y está adornado de un volante, por mitad de ancho que el de la falda, y adornado con una cabezuela igual al del que rodea aquella.

Cuerpo con gran aldeta, ó más bien levita no muy larga, de la tela del vestido; adornada de un volante: esta levita está abierta hasta cerca del talle, y el borde adornado de un volante encañado, y forrado de tül de armar, á fin de que se sostenga derecho.

Mangas adornadas de un volante con dos cabezas puestas hacia arriba.

En el interior del escote lleva el cuerpo una gola abierta de encaje, que termina en un lazo de lo mismo: cinturón redondo: las mangas interiores son de la misma clase que la gola, y ésta y aquellas se pueden hacer de muselina, tül ó blonda, á voluntad.

Peinado alto por delante, y muy caído sobre el cuello por detrás.

Este elegante equipo sirve para recepción, teatro y comida.

El segundo es un traje para señorita, y su corte especial le hace apropiado para campo, estación de baños, y recibir: es de sultana blanca, de la más ligera: la falda redonda está terminada por unas ondas muy graciosas de forma alargada y nueva: estas ondas están orilladas con terciopelo negro.

Delantal de la tela del vestido, que lleva al borde ondas iguales: bajo las ondas volante de encaje negro: el delantal aparece como atado detrás por medio de un lazo de gros negro, con caídas guarnecidas de encaje.

Casaca floja, redonda por delante, orillada de ondas, y de otro encaje más pequeño: las mangas constan de dos partes figurando la de debajo una segunda: ondas y encaje negro estrecho las guarnecen.

Camiseta interior de muselina muy clara, adornada de encaje, ó imitaciones finas: la manga de la camiseta es también ancha.

Peinado alto que termina por detrás en una gran trenza floja y caída: dos bellos claveles color de coral adornan el cabello al lado izquierdo.

Bueno será advertir, que si alguna señorita gusta de este traje debe suprimirle los encajes, reemplazándolos con volantes de la tela del vestido: la suntuosidad dice muy mal con la juventud, y parece como que es la compensación de los áridos cuidados de la vida: si lo elige una señora, el guarnecido rico que presenta el grabado, no puede estar más en su lugar.

No queremos que pase desapercibido un detalle, que puede ser de gran utilidad á nuestras queridas lectoras: las segundas faldas van desapareciendo de los trajes, como demuestra bien claro nuestro grabado: tengan esto presente las señoras que hayan de hacerse equipos nuevos.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros suscritores, cuyos abonos terminan en fin del corriente, se sirvan renovarlos antes del día 12 de Julio próximo, para que no experimenten retraso en el recibo de los números.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL.	
Tres meses.	22 rs.	EN MADRID.	
Medio año.	42 »	Tres meses las dos publicaciones.	28 rs.
Un año.	80 »	Medio año.	52 »
		Un año.	100 »
		EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	30 »	Tres meses.	52 »
Seis meses.	56 »	Medio año.	90 »
Un año.	100 »	Un año.	170 »
		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	85 »	Tres meses.	52 »
Un año.	160 »	Medio año.	90 »
		Un año.	170 »
		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Un año.	240 »	Medio año.	200 »
Cada número suelto en Madrid.	4 »	Un año.	360 »